

Ahlàn

Jerónimo López Mozo

PERSONAJES

EURODIPUTADO ESPAÑOL.

COMISARIO EUROPEO.

NACHIB.

JADICHA.

MIMUN UNACER.

LARBI.

GUARDIA CIVIL.

MAESTRO JUBILADO.

JUANA LA LOCA.

CAMIONERO.

ABDUL JADER.

RACHID.

GARDEL.

PAISA.

POLICÍA VETERANO.

POLICÍA JOVEN.

ABDELKADER.

ESPOSA.

ESPOSO.

HIJO.

ANCIANO (SOSIA DE NACHIB).

NAYIM DADÍ.

MASABO.

POLICÍA DEL C.E.I.

RUFINO.
MATEO.
GALLARDO.
LUQUE.
ROLDÁN.
AMMAR.
CONFERENCIANTE.
VECINO 1º.
VECINO 2º.
UN HOMBRE.

Pescadores, gentes del puerto, hermanos de Larbi.

Inmigrantes clandestinos, detenidos, etc.

EL ESCENARIO

Al fondo, una gran superficie blanca, unas veces , otras pantalla. Delante, definidos por una escueta y versátil escenografía, los lugares en que transcurre la acción:

La costa sur de España

playa,

rocas que se hunden en el mar

y el rompeolas, mirador de cemento e hierro

y la de Marruecos

la cubierta de un pesquero,

la terraza, junto al muelle, de un cafetín,

y una playa solitaria.

Un prostíbulo a las afueras de Tarifa o de Algeciras.

Una carretera.

Madrid

un restaurante magrebí,

los aledaños de la Puerta del Sol,

un poblado de chabolas,

un chalet,
y el Centro de Internamiento de Extranjeros.

Un pueblo de Aragón

bar,
cine,
salón de actos del casino,
los alrededores,
y una casilla en el campo.

Barcelona

una vivienda cerca del puerto
y la ciudad en miniatura.

Prólogo I

Europa, frontera sur.

Azotados por un aire molesto que alborota el pelo, el EURODIPUTADO ESPAÑOL y el COMISARIO EUROPEO alcanzan la punta del rompeolas.

DIPUTADO.- Querido comisario, estamos en el extremo sur del continente, ante el estrecho de Gibraltar.

COMISARIO.- ¿Aquella es la costa africana?

DIPUTADO.- Hoy se la ve lejana, un tanto borrosa. En los días despejados se diría que está al alcance de la mano. Entonces se entiende mejor que alguna vez ambas orillas estuvieron unidas.

COMISARIO.- ¿Lo cree de verdad?

DIPUTADO.- Ocurrió hace miles, millones de años. Está demostrado. Hora es de que alguien asuma la tarea de acercarlas de nuevo. Se trata, ya lo habrá adivinado, de establecer una comunicación fija entre África y Europa. Una gigantesca obra de ingeniería sólo comparable a la construcción del túnel bajo el canal de la Mancha.

(Mientras hablan, en la pantalla aparecen proyectados mapas de la zona del Estrecho y perfiles del relieve submarino que van siendo sustituidos por bocetos de puentes y túneles y planos detallados de vigas, tableros, estribos, torres, péndolas y cables.)

COMISARIO.- No me ha hablado antes de tan ambicioso proyecto. No lo recuerdo, al menos...

DIPUTADO.- Es cierto. Verá, se trata de una vieja idea que ha tardado en madurar. La voluntad de materializarla es muy reciente. Nuestros ingenieros apenas han iniciado los estudios preliminares, pero ya se barajan algunas propuestas. Quiero que las conozca, que opine sobre ellas. Muy pronto expondremos el proyecto en Bruselas. Opinamos que Europa debe asumirlo como algo propio. Usted y su país pueden

hacer mucho para que así sea. Con su ayuda, nuestra voz se oirá más fuerte.

COMISARIO.- Me pregunto si los tiempos que corren son propicios para alentar empeños como este. No es haciendo de pontífices como mejor contribuirán a la edificación de la nueva Europa. La tarea común es hacer lo posible por convertirla en una fortaleza. Hay que levantar muros en vez de derribarlos. Habría que buscar los pedazos del de Berlín y reconstruirlo a toda prisa. Entre el Moisés que abría caminos en el mar y el Hércules que creaba abismos apartando las tierras, hoy elegiríamos a éste. **(Contempla la orilla opuesta.)** ¿No le parece que aquella orilla tiene el aspecto de una herida abierta e infectada?

DIPUTADO.- Perdón... ¿Decía?

COMISARIO.- A ustedes, los españoles, les ha tocado ser guardianes de la puerta trasera de Europa. Pongan barreras que eviten el paso de la miseria que vomita el sur y recibirán nuestro aplauso.

(El viento arrastra las palabras de ambos personajes y la bruma, cada vez más densa, borra sus figuras.)

Prólogo II

África, frontera norte.

Un pesquero frente a las costas de Beni Enzar, Cabo de Agua, Alcazaseguer, Tetuán o Tánger. Unos pescadores vierten cubos de agua sobre la cubierta del pesquero. Al fondo se alzan los cables que sostienen las redes todavía sumergidas. Asoma el copo al fin, más henchido de lo habitual. Cuando está arriba, sobre la popa, como suspendido en el aire, uno de aquellos trabajadores del mar le abre para vaciarlo. Entre la escasa plata viva y marañas de algas viene el cadáver de un hombre. Rueda sobre la madera mojada y queda de bruces en el suelo. Llega el PATRÓN a su lado y le voltea con la punta de la bota. En el rostro afilado y en las trazas del cuerpo se adivinan los veinte años escasos del muerto.

PATRÓN.- ¡Linda cosecha!

PESCADOR.- Este mar es cementerio de hambrientos, patrón.

(A una seña de aquel, el cadáver es llevado a la arena. El viejo NACHIB, que pasa sus días mirando al cielo y al mar y agitando la cabeza, se acerca con paso vivo apoyándose apenas en el bastón. Tras él van llegando los trabajadores del puerto y las gentes ociosas. Sólo JADICHA y MIMUN UNACER permanecen en sus sitios. Ella, al borde mismo del mar, buscando con la mirada la otra orilla del Estrecho. Él, sentado a la puerta de un cafetín, bebiendo a pequeños sorbos un vaso de té.)

NACHIB.- Pronto volviste, muchacho. Se acabó el hambre. ¿Tanta tenías como para emprender ese viaje al infierno? Otra muerte estúpida comprada a precio de oro. ¿Cuántas más han de venir? ¿Cuántos de vosotros ya tenéis pagado el pasaje? ¿Cuántos más esperan escondidos en los cañaverales la señal para partir? **(Señalando con el bastón a MIMUN UNACER.)** ¡Tú lo sabes! ¡Dilo! ¡A ti te hablo,

Mimun Unacer! Tú eres el que se beneficia con el contrabando de hombres. Tú eres el dueño de esas barcas de mierda.

MIMUN UNACER.- Una patera equipada vale buen dinero.

NACHIB.- En un viaje la amortizas.

MIMUN UNACER.- ¡Tú qué sabes!

NACHIB.- Cuando quieras hacemos cuentas.

MIMUN UNACER.- Si naufragan, pierdo mucho.

NACHIB.- Ellos pierden más. Mientras se hunden en el mar, tú sigues ahí sentado, medrando a costa de su angustia y de sus sueños.

MIMUN UNACER.- Conocen el riesgo y lo aceptan.

NACHIB.- ¿Les adviertes que donde caben ocho van cuarenta?

MIMUN UNACER.- Si la mar está llana, no hay peligro.

NACHIB.- ¿Por qué hablas así conociendo el Estrecho mejor que yo? Se emprende la travesía con buen tiempo. Cielo despejado y oleaje suave. Ellos, que son primerizos, no saben de los vaivenes de este mar. No barruntan la tormenta cuando el viento empieza a poner crestas de espuma en las olas, ni sienten que las caricias del agua en los bajos del cascarón son cada vez más desvergonzadas. El piloto sí. Oye crujir las puertas del estrecho. Las nubes que se van formando bajo las estrellas le dicen si al cabo reventarán. En cualquier caso, revienten o no, es hora de soltar lastre, de aliviar la carga para evitar que la patera zozobre. Hay que echar por la borda a unos cuantos. A los más débiles, a los que llevan el miedo en el rostro y se agitan peligrosamente...

MIMUN UNACER.- Ten la lengua o hago que te la corten.

NACHIB.- Ta, ta, ta. A Nachib no le asustan las amenazas. Denuncia lo que sus ojos ven, si lo que ven no le gusta.

JADICHA.- Ocúpate de tus asuntos, Nachib. Mimun Unacer es la única esperanza para quienes desean dejar atrás la miseria. De su mano es posible llegar a la orilla rica. Toda mi vida la he soñado. Paso las horas mirando más allá de esa cinta de plata. Ya soy vieja para pasar sobre ella, pero a los

míos les digo que lo hagan, que venzan al mar y al miedo.

NACHIB.- Rezaré por tus hijos, Jadicha.

JADICHA.- No necesitan tus oraciones. Necesitan dinero para pagar los pasajes. Cinco mil dirhams cada uno. Para el mayor los conseguí. Rompí la hucha de barro y vendí algunas cosas.

NACHIB.- ¿De verdad crees que Ahmed ha llegado sano y salvo al otro lado?

JADICHA.- Como llegarán los cuatro que aguardan turno.

NACHIB.- ¿Y si el mar lo hubiera arrojado a otra playa? ¿No piensas en ello al ver a este desconocido que se pudre en la arena?

JADICHA.- Donde quiera que Ahmed esté, es libre. Ya no depende de la misericordia de Alá.

NACHIB.- Mira lo que dices.

JADICHA.- Estoy perdonada. Hablan mis entrañas.

NACHIB.- ¡Pecadora y perversa! Empujas lejos de casa a quienes han mamado de tus pechos.

JADICHA.- No quiero verlos mendigos.

NACHIB.- Cuando los hayas perdido serás como una de esas mujeres sin descendencia. Te volverás loca.

JADICHA.- Antes el encuentro con la muerte que con la miseria.

NACHIB.- Hay que acabar con los viajes a ninguna parte. **(Se acerca a la mesa de MIMUN UNACER.)** De ti depende.

MIMUN UNACER.- Estás viejo. Chocheas. Deja de joder al prójimo. Ya es hora de que te retires a casa y te prepares para morir en paz.

NACHIB.- Cuando suenen las trompetas de la resurrección y abran el libro donde se escriben las acciones de los hombres, el Cielo conocerá tus crímenes.

MIMUN UNACER.- Me haces perder la paciencia.

NACHIB.- ¿No te quitan el sueño los cadáveres que fabricas?

MIMUN UNACER.- Si sigues calumniándome, te denunciaré.

NACHIB.- El mundo anda extraviado. Los bandidos amenazan con llevar ante los jueces a los ciudadanos honrados.

MIMUN UNACER.- No soy la mala persona que pintas.

NACHIB.- Eras más respetable cuando te dedicabas al contrabando.

MIMUN UNACER.- Cada negocio tiene su momento.

NACHIB.- La mercancía que ahora manejas carece de valor. La carne de pobre no se cotiza. En cambio, el chocolate hay que pagarlo.

MIMUN UNACER.- **(Levantándose, rojo de ira.)**
¡Largo de aquí, mamón!

NACHIB.- Me he puesto en tu camino. Nada me apartará de él. Seré tu sombra. Iré donde tú vayas. Estaré donde tú estés, siempre espantando a tu ingenua clientela. Contaré historias como hacen los narradores de la gran plaza. La de la barca que se deshizo en alta mar porque las tablas podridas estaban pegadas con engrudo. O la de aquel patrón que, sospechando que no llegaría muy lejos con el cascarón sin quilla y sin calado que le encomendaste, bordeó la costa y abandonó al pasaje en una playa cualquiera de Marruecos. O la de aquella patera a la que se le averió el motor y quedó a la deriva durante tantos días, nunca se sabrá cuantos. Quienes la encontraron sólo rescataron cadáveres descompuestos...

MIMUN UNACER.- ¡En el nombre de Dios, clemente y misericordioso! ¡No escuchéis a este hombre! Es un loco que me persigue.

JADICHA.- **(Tapándose los oídos.)** ¡Págale para que calle!

NACHIB.- Mi silencio no está en venta. **(Barriendo con el bastón lo que hay sobre la mesa.)** Nachib enmudecerá cuando este bribón cierre su siniestra agencia de viajes.

(MIMUN UNACER aparta de un empujón a NACHIB y atraviesa el corro de curiosos.)

MIMUN UNACER.- ¡No echarás por tierra mi reputación!

NACHIB.- Nunca la tuviste buena.

MIMUN ANACER.- El alacrán tiene menos veneno que tú.

NACHIB.- Dijo la víbora.

MIMUN UNACER.- Puedo hablar de tu pasado.

NACHIB.- No me inquieta. Lo tengo limpio.

MIMUN UNACER.- Hurgaré en él, te lo juro. Encontraré basura. **(Hablando casi al oído de JADICHA.)** Aquel de tus hijos que mate a Nachib tendrá pasaje gratis a Andalucía.

(Y antes de que ella, sorprendida, reaccione, se escurre a toda prisa por las callejas del puerto perseguido por una caterva de pedigüños.)

NACHIB.- **(Intentando seguirle.)** No huyas de mí. ¡Aguarda! **(Desiste.)** No irás tan lejos que puedas librarte de mi presencia. Sé bien donde buscarte. En mi barrio, preguntando a los vecinos qué saben de mí y de mis parientes. O en la casa de las mujeres, vaciando tu cuerpo entre los muslos de una furcia. O en el astillero, encargando al más tirado de los carpinteros la construcción de pateras baratas o echando el ojo a alguna barcaza añosa. O a las espaldas del puesto de policía, comprando el silencio de agentes corruptos. **(A los demás.)** Este hombre que me amenaza con tanto descaro sólo piensa en enriquecerse. Cualquier medio, por ruin que sea, le parece bueno si le sirve para alcanzar lo que busca. Yo os diré cuanto conviene saber de él y de su negocio. **(Observando a los más próximos.)** Viejos sonámbulos que estáis, pero ni veis ni oís, que sabéis tan bien como yo de qué hablo, pero calláis como ese cadáver sin dueño: dejad vuestro sitio en el corro a los más jóvenes. A ellos va mi discurso. A ellos, que son las víctimas de Mimun Unacer.

JADICHA.- ¡Hijos de Omar, junto a vuestra madre! ¡Larbi! ¡Sabra! ¡Amín! ¡Muley!

**(Los jóvenes, de entre catorce y veinte años,
abandonan el grupo y se ponen junto a la mujer.)**

NACHIB.- ¿Por qué te los llevas, Jadicha? Alzaré mi voz para que también me oigan. ¿Qué sabéis, muchachos, de los pilotos que han de guiaros por las aguas tristes y mudas de este mar de riberas macilentas que para vosotros debería llamarse Estigio? Nada, barrunto. Y, sin embargo, cuando los que os habéis dejado embaucar saltéis a bordo como aves al reclamo, serán quienes os reciban. Son los hijos de aquel viejo navegante de pelo blanco y ojos fieros que en Egipto llamaban Caronte, el que conducía a los infiernos la barca de la muerte. Os juntarán y contarán para saber si la lista está completa. Si alguno sobra, beberá al agua del mar antes de tiempo. Comprobarán luego que no escondéis mecheros, cigarros o armas. Al que lleve documentos que le identifiquen, se los harán romper, que en estas travesías se exige a los viajeros que vayan desnudos de nombre.

UN JOVEN.- Es por nuestro bien. Mimun Unacer me dijo: pon tus papeles en un sobre y envíalos por correo a España a la dirección de algún pariente o amigo. Él te los devolverá cuando llegues. Así no los pierdes.

OTRO JOVEN.- Es cierto. Siempre da ese consejo.

OTRO JOVEN.- Eres un charlatán embustero, Nachib.

(Un rumor de aprobación circula por el corro.)

NACHIB.- ¿Qué ganaría mintiendo? No soy del gremio de los vendedores de polvos mágicos o de baratijas. Mis palabras y la verdad son una misma cosa. Yo digo que en este mar hay más muertos que peces.

OTRO.- ¡Siempre la muerte! ¡Estamos hartos de oír hablar de ella! ¿Hay letanía más fúnebre que la tuya?

NACHIB.- (Abriéndose paso hasta el cadáver del joven hallado en el mar.) ¿Qué es esto?

(Trata de levantarlo y como no puede lo arrastra por la arena con gran esfuerzo. A su alrededor se hace un silencio espeso.)

NACHIB.- ¿Lo veis igual que yo o este cadáver sólo existe en mi imaginación?

UN HOMBRE.- No todos los que quieren escapar de la represión y el hambre corren la suerte de este desgraciado.

MACHIB.- ¿Queréis seguir con la venda en los ojos? ¿Os sentís mejor con ella puesta? ¡Está bien! Andad, andad a juntar dinero para llenarle la bolsa a ese cabrón. No perderé mi tiempo con vosotros. Éste no es mi sitio.

JADICHA.- Su sitio está en lo más hondo de la tierra.

LARBI.- Se muerde la lengua, madre.

UN HOMBRE.- ¿Dónde vas? Encandilas a la gente y cuando más pendiente está de lo que dices, te largas. ¡Los verdaderos narradores no interrumpen sus relatos!

NACHIB.- (**Satisfecho.**) ¿Estás pidiéndome que continúe? Y los demás, ¿qué decís?

UN JOVEN.- Quiero saber con quién me juego los cuartos. Que mi existencia sea amarga no significa que me resigne a cualquier suerte y menos que a ninguna, a una muerte puta. Te escucho.

NACHIB.- Aunque nadie más lo hiciera, sé que debo hablar.

JADICHA.- Sus palabras son como un azote. Antes de que tengamos la mitad de la mitad de los cinco mil dirhams, Nachib habrá apagado la estrella de Mimun Unacer y el camino del mar quedará borrado. Nadie lo trazará de nuevo. Larbi, en tus manos está que éste sea su último discurso.

LARBI.- ¿En mis manos?

JADICHA.- El premio es grande...

Escena I

Bastonadas de muerte

NACHIB persigue a LARBI, que le ha arrebatado el bastón, hasta una playa solitaria. Desde lejos, al alcance de la vista, que no del oído, JADICHA y sus otros tres hijos contemplan lo que sucede.

NACHIB.- Devuélveme el bastón.

LARBI.- ¿Para qué te sirve si no estás ciego ni tuerto?

NACHIB.- Para doblarte el espinazo.

LARBI.- Ven a buscarlo.

NACHIB.- Iré, vaya si iré. **(Mira a su alrededor con desconfianza.)** ¿A qué me trae aquí el hijo de Jadicha? Me das miedo, Larbi. Presiento un cielo de buitres. Callas. Señal de que no voy descaminado. No me digas quién paga el crimen. ¿A cuánto alcanza la recompensa?

LARBI.- A tanto como cuesta el viaje a España.

NACHIB.- ¿En tan poco tasa mi vida M imun Unacer? Vale lo que un rincón sucio de vómitos y meados en la próxima barca de la muerte que se haga a la mar.

LARBI.- Para mí es barca de esperanza.

NACHIB.- Hay riqueza en esta tierra nuestra.

LARBI.- Es vieja y salvaje. Aquí no hay mañana. Es difícil ganarse el pan. Sueño con llegar al norte, donde dicen que la gente es limpia y noble, culta, rica, libre, despierta y feliz. Allí, aunque haga frío y el trabajo sea duro, está el futuro.

NACHIB.- La televisión os llena la cabeza de pájaros.

LARBI.- Es una ventana abierta.

NACHIB.- A países extraños y lenguas desconocidas. Mirad a vuestro alrededor. Arracad las piedras, removed la tierra...

LARBI.- Eso y cavar nuestras propias tumbas es lo mismo.

NACHIB.- Pobre del que abandona su casa. Es hombre

perdido. Quien estrecha sus deseos y pone por límite de su peregrinación el horizonte de su tierra, es dichoso. Es lástima consumir la vida en perpetuo destierro. ¿Por qué no nacemos árboles? Estaríamos quietos en nuestro sitio. Allí donde se vio la luz, donde el cuerpo cobró fuerzas para pisar el suelo, donde se formó la primera respiración, donde se pasó la niñez, están nuestras raíces. Arrancándolas, atraemos la maldición sobre nuestras cabezas.

LARBI- Pronto aprenderé a vivir sin suelo y sin raíces.

NACHIB- Donde quiera que vayas, aunque sea al fin del mundo, serás hijo de tu patria. ¡Y tu patria, medio vacía, habitada sólo por ancianos y mujeres, seguirá aquí sin nadie que la proteja! Y cuando los que partís empujados por la cobardía concluyáis el viaje, si el azar quiere que así sea, y topéis, al saltar de las barcas, con los límites estrechos de una tierra hostil azotada por el mal tiempo, regresaréis avergonzados con el rabo entre las piernas. No os quejéis entonces si encontráis vuestros antiguos hogares ocupados por otras gentes del África.

LARBI- ¿Quién puede estar tan desesperado para venir a mojar su hambre en la sed de agua?

NACHIB- No hables mal del lugar de tu nacimiento.

LARBI- Es como es: árido y triste.

NACHIB- Sus nuevos dueños alumbrarán para su provecho las riquezas que vuestra ceguera no os permite ver. No quisiera ser testigo de esa hora amarga. No soportaría vivir, como antaño, al dictado de otras leyes. Rezaría para que Marruecos, olvidada por sus hijos más jóvenes, se hundiera en el océano. Y si la voluntad de Alá es que no haya otra Atlántida, yo, a pesar de mis años, emprendería el camino que lleva, más allá del Nilo, al Cuarto Creciente Fértil. Allí reposan mis muertos más antiguos.

LARBI- Yo te ahorraré tanta fatiga, abuelo.

NACHIB- Un crimen es cosa seria.

LARBI- Lo hago por mí y por mis hermanos. Mi marcha acorta su espera.

NACHIB- ¿Con ese pecado a costas vas a pasar el Estrecho?

LARBI- (Sin convencimiento.) El tiempo lo borrará.

NACHIB.- Dicen que al que mata se le extravía el alma, que por las noches sueña con su víctima y que se despierta empapado en sudor frío.

LARBI.- Quieres meterme el miedo en el cuerpo.

NACHIB.- ¿Quién lo niega?

LARBI.- Acabemos.

NACHIB.- El pájaro tiene prisa por dejar el nido. Pero Nachib no tiene ninguna en morir. No le asusta dejar el mundo. La muerte es una copa que antes o después hay que beber. Pero le revuelve las tripas imaginar que, causada por ti, facilite tu viaje. Nachib no será un manso cordero. Te aguarda dispuesto a defenderse.

LARBI.- No lo hagas. ¿A qué sufrir más de lo necesario? Harías bien en ayudarme en este trance.

(LARBI gira en torno a NACHIB y le hostiga con el bastón sin estrechar el cerco.)

NACHIB.- Tendrás que acercarte a la hoguera si pretendes apagarla, meterte en ella, tocar las llamas...

LARBI.- No temo al fuego.

NACHIB.- Puedo abrasarte.

LARBI.- ¡Dios te llama a su lado!

NACHIB.- Calla, blasfemo.

LARBI.- **(Deteniéndose.)** Podría perdonarte la vida.

NACHIB.- ¿Cómo?

LARBI.- Los dos guardaríamos el secreto. Tú te vas a escondidas lejos de este lugar maldito, donde Mimun Unacer no pueda saber de ti. Yo le mostraré un cuchillo de carnicero y tu almalafa ensangrentados.

NACHIB.- Habla el espanto. No necesito tu permiso para vivir.

(Una boca sin labios -el viento- lanza una carcajada.)

JADICHA.- (Sin alzar la voz.) No consientas que se ría. Pon las manos en su cuello y aprieta hasta que las palabras se le queden atrapadas en la garganta y le ahoguen.

(LARBI suelta el bastón y se abalanza sobre NACHIB. Le doblega hasta hacerle clavar las rodillas en el suelo y se dispone a ejecutar lo que presiente que su madre le ordena.)

LARBI.- ¡Cierra los ojos, hijo de puta!

NACHIB.- No quiero. Voy a llevarme, para mostrarla en el Cielo, la imagen de la vileza.

(LARBI presiona con fuerza. Jadea. De repente, vencido por la mirada agónica del viejo, se aparta.)

LARBI.- ¡No puedo!

(NACHIB se pone de pie a duras penas y camina con esfuerzo. Los otros hijos de JADICHA, espoleados por ella, recogen el bastón, corren tras él, le alcanzan, le rodean y le arrastran tras unas rocas. Al cabo de unos instantes, consumado el sacrificio, regresan. SABRA muestra en alto el arma homicida, como si fuera un trofeo.)

SABRA.- ¿Se lo llevo a Mimoun Unacer y le digo que Nachib ya no lo necesita?

JADICHA.- Que sea Larbi.

(SABRA apoya el bastón en la rodilla, lo parte por la mitad y lo arroja con desprecio a los pies de LARBI.)

JADICHA.- Cógelo.

(LARBI se queda solo. Un asco profundo le hace vomitar.)

Escena II

La cinta de plata

Sobre la pantalla se proyecta la imagen de una patera varada en la playa. Varios hombres la empujan hacia el mar. Otros asoman discretamente al escenario y contemplan ansiosos la operación. Cuando la quilla toca el agua, empieza a anochecer. JADICHA se acerca a LARBI. Le entrega una bolsa de plástico.

JADICHA.- Ahí llevas ropa limpia, unos zapatos casi nuevos, pan, queso, dos latas de sardinas y una coca-cola. También algunas pesetas. Bastantes para vivir unos días. En un papel hay escrita una dirección. Es la de Abdul Jader. Fue amigo de tu padre. Él te ayudará a dar los primeros pasos y a encontrar trabajo. Dile que eres hermano de Ahmed. Tal vez conozca su paradero. Búscales. Tratad de hacer el camino juntos. Pero si no le encuentras y has de valerte por ti sólo, no te desanimes. Dirígete al norte. Gánate el destino. Llegarás a vivir en una casa con agua corriente y luz y tendrás una de esas neveras que hacen hielo y una televisión mejor que la del bar de Muzali. No sé si será verdad, pero me han contado que en España dan de comer a los gatos en escudilla de plata. Pero basta de gastar palabras. Se hace tarde. ¿A qué esperas para reunirte con los demás?

LARBI.- Cualquiera de mis hermanos tiene más derecho que yo.

JADICHA.- El derecho lo da la edad.

LARBI.- Con el primer dinero que gane pagaré sus pasajes. Y el tuyo.

JADICHA.- A mi me basta con que no me olvides.

LARBI.- Un beso, madre.

(JADICHA y LARBI se despiden. No hay lágrimas en el adiós. El joven coge un puñado de arena y la deja escapar entre sus dedos.)

LARBI.- Tierra ingrata y mezquina. Jamás volveré.

(Luego aprieta la bolsa contra el pecho y emprende el camino que ya han tomado los que embarcarán con él. En la pantalla, la patera repleta de hombres se adentra en el mar. Una cámara sigue de cerca su derrota. Llega hasta ellos, como canto de sirena, el sonido melancólico de una flauta, quizás de la que Bachir Attar dejó sobre la mesa del café Hafa de Tánger el día en que tomó su último té en Marruecos.)

Escena III

Lección (prescindible) de historia antigua

Sobre el rompeolas de la costa española, se recorta la silueta de un GUARDIA CIVIL que vigila, con ayuda de prismáticos, la costa. Llego el MAESTRO JUBILADO, que se detiene a sus espaldas.

MAESTRO.- Madre España, ¡ay de ti!./ en el mundo tan nombrada./ de las tierras la mejor./ la mejor y más ufana./ donde nace el fino oro./ donde hay veneros de plata./ abundosa de venados./ y de caballos lozana./ briosa de lino y seda./ de óleo rico alumbrada./ deleitosa de frutales./ en azafrán alegrada./ guarnecida de castillos/ y en proezas extremada... Dime, Rodrigo, ¿en qué año invadieron España los moros?

GUARDIA CIVIL.- En el 711.

MAESTRO.- ¿Eran muchos?

GUARDIA CIVIL.- Doce mil.

MAESTRO.- ¿Dónde los reclutó el guerrero Tariq?

GUARDIA CIVIL.- No lo recuerdo, don Claudio. Hace tanto que dejé la escuela...

MAESTRO.- Hagamos memoria: entre los pastores de Malay Basselham, los mineros de Laarara Fuara y los gigantes forzudos de Uxda... En todas partes abrió centros de alistamiento y banderines de enganche. El objetivo era entrar en nuestro país a saco, abatir nuestras preciadas señas... Y bien que lo consiguieron. Puede ser útil para el futuro saber que nos sorprendieron porque cruzaron el Estrecho en secreto, en pequeños grupos, en barcas contratadas a mercaderes. Desembarcaron sin que nadie les cerrara el paso. Cuando quisimos hacerlo, era tarde. Habían hundido con fuerza los pies en nuestra tierra. ¿Durante cuánto tiempo la ocuparon?

GUARDIA CIVIL.- La dominación árabe duró ocho siglos.

MAESTRO.- La intentarán de nuevo.

GUARDIA CIVIL.- No lo consentiremos, don Claudio.

MAESTRO.- Esas gentes son testarudas. Cuando las expulsamos, hubo quienes se llevaron las llaves de sus casas por si ellos o sus descendientes regresaban. ¡Que pena de país, siempre agobiado por la miseria y la hostilidad del sur!

GUARDIA CIVIL.- ¿Quiere que baje a la playa para ver si vienen moros?

MAESTRO.- A la hora del recreo, Rodrigo.

GUARDIA CIVIL.- Cuando sea mayor me haré guardia civil para espantarlos. ¿Se acuerda de que quería ser guardia civil, don Claudio?

MAESTRO.- Ya lo eres. ¡Quién iba a decirlo! Tu serás, como Peláez de Correa, azote de los moros.

GUARDIA CIVIL.- (Excitado.) ¡Ahí están!

MAESTRO.- ¿Los ves?

GUARDIA CIVIL.- Se acercan a la costa.

MAESTRO.- Ve presto a sujetar al árabe intruso./ Ve presto, aduanero del mar... Quito aduanero y en su lugar pongo guardián. ¿O rimará mejor cancerbero del litoral? Ya se verá. Sigo: No dejes que invadan con sus barcos menguados la fina franja de Gibraltar.

GUARDIA CIVIL.- ¿Todavía escribe versos?

MAESTRO.- Ahora que estoy jubilado, más que nunca. Aquí quedarían bien, Rodrigo, aquellas estrofas que os leía en clase: ¡Al grito de Santiago, de África cierra la frontera/ y dile a nuestras gentes que a las puertas de las casas/ pongan candados y cadenas! **(Reflexiona.)** ¿No tendrías que pedir refuerzos? Tú sólo no podrás con ellos.

GUARDIA CIVIL.- Ya está dada la voz de alarma.

MAESTRO.- ¿Puedo mirar?

(El GUARDIA CIVIL le cede los prismáticos. El jubilado ve la patera, armazón de tablas mal ensambladas, en que se hacinan LARBI y sus compañeros de travesía. No se reconoce en ellos a los invasores descritos por el MAESTRO poeta, sino a sonámbulos contrabandistas de miseria.)

GUARDIA CIVIL.- Están muertos de miedo.

MAESTRO.- (Devolviendo los prismáticos.) No te dejes engañar por las apariencias. Fingen. Hay que empujarlos mar adentro.

GUARDIA CIVIL.- El teniente dice que aunque sólo sea por razones de higiene.

MAESTRO.- Por eso también.

Escena IV

Ahlán (bienvenido)

Bajo la sombra y el zumbido de las aspas de un helicóptero policial, la patera se acerca a la costa. Los hombres saltan precipitadamente al agua. Huyen a manotazos de las fauces hambrientas del mar y lanzan gritos crispados e inútiles que sirven de reclamo a las patrullas de la guardia civil. Al llegar a tierra, la gente, aturdida por los silbatos y las voces y acosada por los perros, se dispersa. Al cabo de breves y alocadas carreras, se entrega con los brazos en alto: frágil ademán de indefensos. Unos pocos -LARBI entre ellos- se benefician de la confusión general y escapan a la redada. Desde los escondites en que permanecen agazapados, asisten al reagrupamiento forzado de los arrestados, que, antes de ser devueltos a la otra orilla, posarán para los reporteros gráficos. Tras las agitadas imágenes de la persecución y captura, aparecen congeladas las que serán alimento de hemerotecas: Hombres caminando en fila india custodiados por la guardia civil. El primero, rostro curtido por el sol y el viento, va descalzo. El que le sigue lleva en la mano la bolsa de plástico. (Pie de foto: un grupo de magrebíes junto al muelle marítimo de la ciudad.) Camisas estampadas de vivos colores, anoraks, camisetas a rayas, torsos desnudos. La misma foto en blanco y negro. Todas las miradas convergen en un punto invisible. Tras la reja de una ventana del centro de inmigrantes, primer plano de un rostro joven. Sonríe con amargura al fotógrafo. En la playa, con pantalones remangados o calzones cortos. Los inútiles envoltorios de ropa. Aquel del fondo, con un jersey de lana gruesa. Otra reja de barrotes historiados. Toallas puestas a secar. Entre ellas asoma un rostro inexpresivo. Al fondo, una pared de ladrillos. Delante, una veintena de detenidos. Algunos de pie, los demás sentados, con las piernas cruzadas, las manos entrelazadas o cubriéndose el rostro para ocultarlo a los objetivos de las cámaras. Uno, muestra un contrato de trabajo, seguramente falso. Subiendo de uno en uno en el todoterreno de la guardia civil. Un inmigrante que se ha herido en las piernas al desembarcar, camina apoyado en un agente y en otro arrestado. Cuando los flashes se apagan y se hace el silencio, LARBI

abandona el escondite. Da sus primeros pasos por Europa. Hasta donde su vista alcanza le parece igual que su tierra. Se muda la ropa mojada, guarda en un bolsillo el dinero que le diera su madre y el papel con las señas de ABDULJADER y echa a andar lentamente en dirección opuesta al mar. En medio del descampado, a pocos metros de distancia, surge la figura de JUANA LA LOCA. LARBI se detiene.

JUANA LA LOCA.- Ahlán, morito. **(El joven esboza una sonrisa desconfiada.)** Acércate. Juana la Loca no muerde. Lo suyo es joder. ¿Tú me entiendes? ¡No! A ti hay que hablarte por señas. **(Y la puta se alza la falda hasta la cintura mostrando a LARBI su sexo.)** ¿No dices nada?

LARBI.- Yo no tengo dinero para las putas.

JUANA LA LOCA.- A lo mejor soy yo la que paga. Anda, enséñame el rico cuelgacuelga que Dios te ha dado. ¿Te da vergüenza? ¿O es que no tienes el arma poderosa como tus paisanos? Tengo medidas palmo a palmo herramientas impresionantes. Deja que palpe la tuya.

(JUANA LA LOCA atrae a LARBI y lleva su mano al pantalón. El muchacho deja escapar una risita.)

JUANA LA LOCA.- ¿Cómo te llamas?

LARBI.- Larbi.

JUANA LA LOCA.- ¿Sabes, Larbi? Odio la leche sin substancia y el almíbar podrido de los viejos babosos. Mi vicio es la pimienta y la guindilla de África. Me pierde la mordedura de la serpiente y que me galopen hasta romperme los riñones. ¿Sabes montar?

LARBI.- (Estallando en carcajadas.) ¡No!

JUANA LA LOCA.- Como te ríes, ladrón. ¡Aquí está!

LARBI.- Déjala quieta.

JUANA LA LOCA.- ¿Ahora que la tengo a punto? ¿No sientes como mi mano la engorda? ¿A qué esperas para follarte a Juana la Loca?

(LARBI la empuja al suelo y sus cuerpos se revuelcan sobre la tierra. Cuando se separan, él se levanta de un salto y mira alrededor temeroso de que alguien les haya visto.)

JUANA LA LOCA.- ¿Qué pasa?

LARBI.- Me voy.

JUANA LA LOCA.- ¿Adónde?

LARBI.- A Madrid.

JUANA LA LOCA.- ¿Qué prisa tienes? Quédate.

LARBI.- No puedo.

JUANA LA LOCA.- Hasta la noche.

LARBI.- Para entonces ya estaré lejos.

JUANA LA LOCA.- Más lo estarás mañana si hoy me calientas la cama.

LARBI.- No lo creo.

JUANA LA LOCA.- Prueba.

LARBI.- ¿Dónde vives? **(JUANA LA LOCA señala las casas que se alzan al borde de la carretera.)** ¿Seguro que no me engañas?

JUANA LA LOCA.- Al primer camionero que venga a desahogarse con Juana la Loca le hago que te lleve de polizón adonde se te antoje. **(Poniendo los dedos en los labios.)** ¡Por éstas!

(LARBI se vuelve hacia el mar. Lo contempla largamente.)

JUANA LA LOCA.- ¿Vienes?

(Parece no escucharla, pero tras un rato de silencio LARBI la atrae hacia sí.)

JUANA LA LOCA.- (Sorprendida.) ¿Qué me haces, ladrón?

LARBI.- En la cama, luego. Ahora, otra vez aquí.

(LARBI la penetra con fuerza y ella le rodea la cintura con las piernas. Giran como una peonza. Desde un taburete del puticlub en que JUANA LA LOCA se vende varias veces cada noche, un CAMIONERO apura un vaso de whisky mientras observa la escena con gesto grosero.)

LARBI.- (Gritando al otro lado del mar.) ¡Eh, mirad acá los Nachibs que aún vivís! ¡Esto es lo que tenéis que ver y de lo que tenéis que hablar! ¡Decidle a Jadicha que su sueño era cierto y que Larbi lo está cumpliendo!

JUANA LA LOCA.- (Entre risas.) Estás chiflado, rey moro.

LARBI.- ¡¿Oís que me llama rey?!
?

CAMIONERO.- ¿Y decís que el hassan está jodiendo por la cara con Juana la Loca? ¡Qué cosas pasan! El mozo tiene al hermano pequeño rebelde. ¡Eh, Juana! ¿Cuánto hay que esperar para amasarte las tetas?

JUANA LA LOCA.- Si vas a Madrid y te llevas a éste, quedas dispensado de pedir la vez y, además, el palo te sale gratis.

CAMIONERO.- Cargar con esta mercancía es un compromiso.

JUANA LA LOCA.- (Ya separada de LARBI.) Otro habrá que quiera llevarla.

CAMIONERO.- No por ese precio.

JUANA LA LOCA.- ¿Y si también te la mamo?

CAMIONERO.- No se hable más. Tú ganas.

Escena V

Nacional cuatro, km. 420

Noche cerrada. El CAMIONERO conduce sin decir palabra. En el asiento de al lado, LARBI dormita y sonríe de vez en cuando. Sobre las rodillas, asida con ambas manos, lleva la bolsa. El vehículo reduce la velocidad, se echa a un lado y se detiene en el arcén.

CAMIONERO.- Espabila, hassan. (LARBI abre los ojos y se despereza.) Fin de trayecto. Apéate.

LARBI.- ¿Estamos en Madrid?

CAMIONERO.- No.

LARBI.- ¿Cerca?

CAMIONERO.- Tampoco.

LARBI.- ¿Por qué quieres que me baje?

CAMIONERO.- ¡Joder! ¿No ves que me comprometes? Oye, yo soy un tipo legal. Voy por el mundo con los papeles en regla. Y de contrabando, nada. Nada de nada. Este camión me da de comer. ¿Entiendes? ¿Sabes lo que pasará si me paran los motoristas y descubren que te llevo de matute? (Hace el gesto de rebanarse el cuello.) Así que date el piro. ¿Me explico?

LARBI.- Puedo esconderme entre la carga. Si me encuentran, diré que subí al camión sin que me vieras.

CAMIONERO.- Es mejor que te las arregles solo.

LARBI.- Dijiste a la puta que me llevarías a Madrid.

CAMIONERO.- Después quedamos en otra cosa.

LARBI.- Me echas porque sí.

CAMIONERO.- ¿Y qué, moro de mierda?

LARBI.- No soy moro de mierda. ¡Me has llamado moro de mierda!

CAMIONERO.- Lo eres. Si no te largas de una puta vez, te saco a hostias.

LARBI.- (Mostrando su dinero.) Puedo pagarme el viaje.

CAMIONERO.- ¿A quién le has bailado el dinero?

LARBI.- Es mío.

CAMIONERO.- (Arrebatándoselo.) Trae acá. Yo buscaré a su dueño. Sal cagando leches, chorizo.

LARBI.- ¡Vas a llevarme a Madrid!

CAMIONERO.- Ni lo sueñes. Vas tú solo. Ahí tienes el camino, conque carretera y manta.

LARBI.- De aquí no me muevo.

CAMIONERO.- ¿No? **(Le arrebatla la bolsa y la arroja fuera.)** ¿Y ahora?

LARBI.- Devuélveme el dinero.

(El CAMIONERO le empuja.)

No me toques. ¡No me toques!

(El CAMIONERO le echa fuera. Mientras LARBI rueda por la cuneta, el vehículo arranca y se aleja.)

LARBI.- (Incorporándose.) ¡Espera! ¿Qué sitio es éste?

(En medio de la oscuridad, las ráfagas de luz que arrojan los faros de los coches le deslumbran. Mira desorientado a su alrededor, sin ver. Busca a tientas la bolsa y, cuando la encuentra, camina carretera adelante. Atrás deja el mojón que señala el kilómetro cuatrocientos veinte.)

Escena VI

Unas cuantas palabras desnudas

Al fondo del restaurante magrebí, en un rincón ocupado por una pequeña mesa y una caja registradora, a la luz de un flexo, ABDUL JADER, su dueño, ordena papeles. La llegada de LARBI le distrae de su trabajo.

ABDUL JADER.- ¿Quién anda ahí? **(Se levanta y trata de ver en la penumbra.)** El comedor está cerrado. Abrimos a la una.

LARBI.- Busco al señor Jader, Abdul Jader.

ABDUL JADER.- Soy yo. ¿Qué quiere?

LARBI.- Me llamo Larbi.

ABDUL JADER.- ¿Ha dicho Larbi? ¿Nos conocemos?

LARBI.- Soy nieto de Chakib. Hijo de Omar y Jadicha.

ABDUL JADER.- Chakib, el bueno de Chakib. Un hombre de bien. Vaya que sí. Acércate que te vea. ¿Qué es de él?

LARBI.- Murió de viejo.

ABDUL JADER.- Descanse en paz. ¿Y tu padre? ¿En que se ocupa?

LARBI.- También murió.

ABDUL JADER.- Era más joven que yo. Bastante más joven. ¿Cómo fue? ¿Estaba enfermo?

LARBI.- Las calamidades que pasábamos acabaron con él.

ABDUL JADER.- Pobre hombre. Le animé a que se viniera conmigo. Aquí, entonces, había trabajo. Se vivía. Pero estaba recién casado y no quería dejar sola a tu madre. Pudo traerla. A mí no me hubiera importado. En casa había sitio para todos. Omar dijo que lo pensaría. Que va, no lo hizo. Le faltaba decisión. No sabía ganarse la vida. Así le ha ido. **(Mira atentamente a LARBI. No le pasa desapercibido su desaliño.)** ¿Puedo saber que trae a Madrid a su hijo?

LARBI- Mi madre me dio su dirección. Me dijo que usted me ayudaría.

ABDUL JADER.- (Torciendo el gesto.) ¿A quién más se la dio?

LARBI- A mi hermano Ahmed.

ABDUL JADER.- ¿Cuándo?

LARBI- Hace un año.

ABDUL JADER.- La escribió en un papel, ¿verdad?

LARBI.- (Mostrando el que él trae.) Como éste.

ABDUL JADER.- (Lo examina a la luz del flexo.) La misma letra.

LARBI- Así, pues, conoce a Ahmed...

ABDUL JADER.- (Muy irritado.) ¡No! La policía encontró una nota igual en el bolsillo de un desconocido que apareció muerto no se dónde. Tuve problemas. Muchos problemas. Querían averiguar quién era y qué tenía que ver conmigo. ¿Entiendes? **(Hace trizas el papel.)** Llegáis tarde. Los tiempos cambian. Esto no es lo que era. Venís tantos... Lo invadís todo. Conseguís que se os odie. Y de rechazo a nosotros, que tenemos un sitio aquí y éramos tratados como personas. Nos atendían en los bares y los vecinos nos saludaban. Yo tenía un prestigio. Era militar. Estuve en la escolta del Caudillo. Tú no has oído hablar de él, no sabes quién era. Un hombre con un par de cojones, aunque ahora digan otra cosa. Le apreciaba. Le veía cada día. Era un privilegio estar a su lado y saludarle. Lloré cuando nos licenciaron. Para entonces era brigada y tenía la nacionalidad española. Pude regresar a Marruecos. Otros lo hicieron, pero yo no. ¡Aquí estaba mi casa! La del pueblo, para ir de visita. Y eso, al principio. Luego, cuando no te queda nadie, ¿para qué? He vivido muy tranquilo hasta que empezásteis a llegar, hasta que aquel policía me hizo acompañarle a la comisaría. Me enseñaron el papel que traía tu hermano. “¿No es este tu nombre y esta tu dirección? ¿Qué puedes decirnos?”. Y yo: “Sí, ese es mi nombre y ahí tengo mi negocio, pero no sé de qué me hablan”. “¿No será tu restaurante la tapadera de algún tinglado poco recomendable? ¿Cuántos empleados tienes? ¿Cómo se llaman? ¿Dónde viven? ¿Cuándo vinieron? ¿Tienen los papeles en regla?”. Sólo cuando les demostré que serví al general Franco en la guardia mora, me dejaron tranquilo.

Soy un honrado ciudadano que no quiere líos. **(Saca un par de billetes de la caja registradora.)** Toma esto y vete antes de que empiece a llegar el personal.

LARBI.- No es esa la ayuda que busco.

ABDUL JADER.- No tendrás otra. Y no es a ti a quien se la ofrezco, sino al hijo de Jadicha.

LARBI.- Quédesela.

ABDUL JADER.- Orgullosa y terca como tu padre.

LARBI.- **(Aceptando el dinero.)** Lo tomo prestado.

ABDUL JADER.- Mejor, olvídate de Abdul Jader.

LARBI.- Antes de cuarenta días seré como usted. Vendré a devolvérselo y aun me sobraré para sentarme en esa mesa y pagarme un buen couscous de legumbres y un puñado de dátiles.

(LARBI sale a la calle. Duda hacia dónde dirigir sus pasos.)

ABDUL JADER.- **(Asomándose a la puerta del establecimiento.)** ¿Todavía aquí?

(LARBI va a responder algo, desiste y se aleja.)

Escena VII

Madrid Kasbah

Lo que LARBI ve en su deambular por Madrid, se proyecta en la pantalla: la ciudad que miran los turistas -las principales avenidas, los grandes almacenes, los escaparates, los monumentos, los reclamos publicitarios- y la que antes o después ha de acogerle - Atocha, Lavapiés, Tirso de Molina-. En aquella, prestando servicios que nadie solicita, los abrecoches y los que limpian los parabrisas de los vehículos detenidos ante los semáforos; los vendedores de La Farola, la revista de los mendigos; los que hurgan en las papeleras y los que hacen acopio de cartones; y, por todas partes, con cien ojos, guardas y vigilantes de seguridad. En el que será su territorio -fachadas desconchadas en calles estrechas, pensiones y hostales, bocas de metro que engullen y vomitan viajeros- una babel. Reconoce a muchos compatriotas entre los inmigrantes. Sus documentos de identidad son sus propios rostros. Gesticulan y fuman sin parar. Un tipo corre con un bolso en la mano sorteando los coches atrapados en el tráfico caótico. Dobla una esquina y desaparece en los sumideros de la ciudad. Los que se saben sospechosos de todo doblan las esquinas de la miseria para que los policías que persiguen al ladrón, no reparen en ellos. En los pasillos del metro músicos ambulantes y vendedores de pañuelos, gafas, relojes, bolsos, bisutería, artesanía... La misma mercadería que en los tenderetes callejeros. LARBI recalca en los aledaños de la Puerta del Sol. Allí, junto a un bar -bocadillos de tortilla y calamares-, le aborda su paisano RACHID.

RACHID.- Hola, ¿qué tal?

LARBI.- Bien, bien...

RACHID.- ¿Recién llegado? (LARBI asiente.) ¿Tienes parientes aquí?

LARBI.- Parientes, no. Un conocido de mi padre.

RACHID.- ¿Vives en su casa?

LARBI.- Vine sin avisar. No le gustó verme.

RACHID.- Te ha dado puerta...

LARBI.- Algo así.

RACHID.- A veces pasa. Tranquilo. **(Le tiende la mano.)**
Rachid, un amigo.

LARBI.- Me llamo Larbi.

RACHID.- ¿Rifeño?

LARBI.- ¿Tú también?

RACHID.- De Alhucemas.

LARBI.- Estuve una vez de pequeño, no sé a qué.

RACHID.- ¿Tomamos algo?

LARBI.- Bueno.

RACHID.- ¿Un café?

LARBI.- Un café, sí.

RACHID.- Invito yo.

LARBI.- Puedo pagarlo.

RACHID.- La próxima vez. ¿A qué te dedicas?

LARBI.- Voy de aquí para allá.

RACHID.- ¿Algo a la vista?

LARBI.- De momento, nada.

RACHID.- Hoy es tu día de suerte, Larbi.

LARBI.- ¿De suerte...?

RACHID.- Voy a echarte una mano.

LARBI.- Lo necesito.

RACHID.- Tengo un trabajo para ti. Mi primo y yo
buscamos socio para un asunto que nos traemos entremanos.

LARBI.- ¿Algo interesante?

RACHID.- Ya lo creo.

LARBI.- ¿De qué va?

RACHID.- Venta de tabaco. Lo conseguimos a mil pesetas el cartón y lo despachamos al doble. Conozco a uno que se gana tres mil pesetas desde las cinco hasta las ocho de la mañana. Con eso se paga la habitación y la comida. En un día normal se embolsa diez billetes. ¿Qué te parece?

LARBI.- ¿No hay riesgo?

RACHID.- ¿De qué?

LARBI.- Es contrabando.

RACHID.- De eso nada: trapicheo.

LARBI.- Es lo mismo.

RACHID.- Ni de lejos. Sin miedo, amigo. Lo que hay que hacer es andar despierto y abrirse cuando se huele el peligro. Y si te pescan, que sea con poco género. Como mucho, lo que cabe en tu bolsa. Cuatro o cinco cartones. El rollo hay que montarlo así: tú vendes, mi primo vigila y yo me ocupo de comprar la mercancía y de guardarla en sitio seguro.

LARBI.- Lo tenías estudiado.

RACHID.- Sólo falta echar a andar. ¿A qué esperamos? Tomamos el café, te presento a mi primo, buscamos un buen sitio para montar el estanco y yo me voy a Fuenlabrada. Conozco un almacén que está a tope de tabaco.

LARBI.- Habrá que pagarlo.

RACHID.- Me fian.

(Continúa el desfile de imágenes en la pantalla. Ahora son las que LARBI contempla desde la boca del metro en que ejerce de proveedor de tabaco: otros vendedores, carteristas, trileros, putas y mirones, los que hurgan en las papeleras, el ciego de los cupones, gente malhumorada que anda deprisa. Hay un tumulto a la puerta de un bar cutre. Asunto de camellos. Un mendigo duerme la borrachera tendido en un banco. Otro arrastra un carro de supermercado lleno de bultos. Un mimo con la cara enharinada hace la estatua sobre una banqueta. Unos cuantos le miran embobados. Repartidores que dejan sus furgonetas aparcadas en doble fila. Policías pidiendo papeles. Cacheos. Y de vez en cuando aparece un tipo bien parecido con fular y sombrero de fieltro. Desciende de

un taxi, entra en una cafetería, ocupa una mesa desde la que se domina el exterior y otea cuanto sucede en el ruidoso bazar ambulante en que a esas horas se convierte la calle. Es el mismo individuo que aguarda a que LARBI atienda a un cliente para acercársele. Se hace llamar GARDEL y tiene acento latinoamericano.)

LARBI.- ¿Tabaco, señor?

GARDEL.- No gasto. Una pregunta...

LARBI.- Cómo no.

GARDEL.- ¿Ganas mucho con este tejemaneje?

LARBI.- Voy tirando.

GARDEL.- ¿Qué quiere decir eso de voy tirando?

LARBI.- Que me ayuda a salir de apuros, sin más.

GARDEL.- ¿Satisfecho?

LARBI.- De momento vivo.

GARDEL.- Te conformas con poco.

LARBI.- Es lo que hay.

GARDEL.- Hay más. Te lo aseguro.

LARBI.- Será para otros. No creo que yo haya nacido para rico.

GARDEL.- A tu edad, ¿quién sabe?

LARBI.- Ni lo intento.

GARDEL.- Haces mal.

LARBI.- A usted le van bien las cosas.

GARDEL.- No me quejo. ¿Aceptas un consejo?

LARBI.- ¿Por qué no?

GARDEL.- Hay que ser ambicioso para dar esquinazo a tanta miseria.

LARBI.- Y tener suerte.

GARDEL.- El que la busca, la encuentra. ¿Cambiarías de

trabajo?

LARBI- ¿Para hacer qué?

GARDEL- Cumplir al pie de la letra mis encargos. A cambio, cinco mil plumas al día y un tanto de las ganancias. **(LARBI duda.)** Te lo piensas. Si te decides, me buscas. Si no estoy en el café, le dejas el aviso de que quieres verme al camarero. Mi nombre es Gardel. ¡Chao!

LARBI- Espere...

GARDEL- ¿Qué hay?

LARBI- Esos encargos...

GARDEL- Labores de mensajería. Traer y llevar pequeños paquetes.

LARBI- ¿Qué tienen dentro?

GARDEL- ¿Para qué quieres saberlo?

LARBI- Es mierda.

GARDEL- ¿Y qué si lo fuera?

LARBI- Mal asunto. Y arriesgado.

GARDEL- Para otros. Tú tienes poco que perder.

LARBI- Tanto como el que más.

GARDEL- Si te enganchan, mejor con pomada que con las manos vacías. Para que lo entiendas. Si estás limpio, te facturan, de momento, a Marruecos. Y una vez allí, cualquiera sabe... ¿Comprendes? En cambio, con la mercancía encima, no pueden expulsarte.

LARBI- Me encierran.

GARDEL- Se sale bajo fianza.

LARBI- ¿Quién la pone?

GARDEL- Nunca dejo en la estacada a los que, llegado el momento, saben cerrar la boca. Una vez en la calle, es fácil perderse.

LARBI- ¿Cuándo empiezo?

GARDEL- Mañana.

(GARDEL llama a un taxi. Apenas desaparece, el PAISA, un marroquí que ha seguido la escena desde el modesto puesto en que vende radios, relojes y bisutería, se acerca a LARBI.)

PAISA.- Yo que tú no me enredaría con ese hombre.

LARBI.- ¿Le conoces?

PAISA.- Es un pájaro de cuenta. Te irá mal.

LARBI.- No peor que ahora.

PAISA.- Siempre se puede caer más abajo.

LARBI.- Mejor que te ocupes de lo tuyo y me olvides, Paísa.

Escena VIII
Podredumbre

A la caída de la tarde, el PAISA recoge el puesto. Cerca, dos POLICÍAS MUNICIPALES hacen un alto en la ronda. En la pantalla se proyectan a cámara lenta imágenes de un magrebí acosado por un grupo de policías que le gritan y le zarandean.

POLICÍA VETERANO.- ¿Se puede actuar de otro modo con esta chusma? ¿Qué hay que hacer cuando tratas de identificarlos y se niegan? ¿Dejar que se vayan, sin más?

(Tras un forcejeo, el magrebí cae derribado. Sus esfuerzos por escabullirse resultan vanos.)

POLICÍA JOVEN.- No me va la violencia.

POLICÍA VETERANO.- Violencia. ¿Qué violencia? Nuestra violencia es técnica. Hasta los chorizos lo saben. Una vez detuve a uno. No resultó fácil. Tuve que emplearme a fondo. Ya sabes. Pero cuando le conduje a la patrulla, me dijo: “No le guardo rencor. Cada uno hace lo que tiene que hacer. Y lo suyo es dar leña”. Aquel imbécil tenía razón. ¿O no?

(Uno de los agentes mantiene al magrebí tumbado en el suelo boca abajo, mientras otro le esposa. Ya reducido, aquel le golpea brutalmente con la porra y con los pies. La imagen se congela mostrando un primer plano del rostro del detenido sangrando por la nariz y por la boca.)

POLICÍA JOVEN.- De acuerdo con que sacudir forma parte de nuestro trabajo.

POLICÍA VETERANO.- Nos pagan para eso.

POLICÍA JOVEN.- Pero reconoce que a ti te lo pide el cuerpo.

POLICÍA VETERANO.- No digo lo contrario. Me gusta acojonar a la gente. Y a los extranjeros más. ¿Qué pintan aquí? ¿Quién los ha llamado? ¡Yo no! ¿Por qué no se quedan en sus casas? ¡¿Por qué?!

POLICÍA JOVEN.- Yo sólo sé que están.

POLICÍA VETERANO.- Bonita respuesta.

POLICÍA JOVEN.- Ya estaban cuando me dieron el uniforme. Para mí es como si estuvieran desde siempre. Estoy hecho a verlos. Y no me seduce liarme a palos cada vez que me topo con uno. ¿Qué se saca en limpio? ¿Alguna medalla?

POLICÍA VETERANO.- Hay que botarlos.

POLICÍA JOVEN.- ¿A patadas? ¿Así piensas quitártelos de encima?

POLICÍA VETERANO.- Uno hace lo que sabe o lo que puede.

POLICÍA JOVEN.- Uno hace el gilipollas. Hacemos el gilipollas.

POLICÍA VETERANO.- Cumplimos con nuestro deber.

POLICÍA JOVEN.- ¡Hacemos el gilipollas!

(LARBI aparece. Se detiene al ver a los municipales. El VETERANO repara en él.)

POLICÍA VETERANO.- Calla. Ese tipo no me gusta. A ver que nos cuenta. ¡Eh, tú! Sí, tú... El de la bolsa.

POLICÍA JOVEN.- No irás a darle una soba.

POLICÍA VETERANO.- Déjame hacer. (A LARBI.) Enséñame el permiso de trabajo.

LARBI. (Después de fingir que lo busca.) Lo tengo en la pensión.

POLICÍA VETERANO.- ¿Dónde trabajas?

LARBI.- ¿Para qué quiere saberlo?

POLICÍA VETERANO.- Las preguntas las hago yo.

LARBI- No tengo obligación de decirlo.

POLICÍA VETERANO- **(A su compañero.)** ¿Lo ves? El amigo quiere darme lecciones. **(De nuevo a LARBI.)** No me van los chulos. Para chulo, yo. ¡Date la vuelta! Las manos en la pared. ¡Arriba! ¡Arriba! **(Le arrebató la bolsa y se la arroja al otro.)** No te quedes quieto, maldita sea. Regístrala. **(A LARBI.)** ¿Adónde ibas tan deprisa, hijo de puta?

(El PAISA, que ya se retiraba, retrocede y contempla la escena desde un rincón oscuro. Con movimientos rápidos, el POLICÍA VETERANO separa las piernas de LARBI y le cachea. En tanto, el POLICÍA JOVEN vacía la bolsa en el suelo. Entre lo que cae hay un paquete cerrado con cinta adhesiva.)

POLICÍA VETERANO- ¿Qué hay? **(Cogiendo el envoltorio, a LARBI.)** ¿Hachís?

LARBI- No es mío.

POLICÍA VETERANO- Me dabas mala espina. El instinto no me falla. **(Al colega.)** Ponle las pulseras. **(Sopasa el bulto.)** Un kilo. Un kilo de hachís. Hoy hemos cumplido de cojones.

POLICÍA JOVEN- ¿De dónde lo has sacado?

LARBI- Lo han puesto en mi bolsa. No sé nada. Se lo juro.

POLICÍA JOVEN- **(Bajando el tono de voz.)** Empújame y huye. **(LARBI titubea.)** Deprisa o no respondo.

(LARBI le empuja levemente y el POLICÍA se deja caer.)

POLICÍA VETERANO- ¡Eh! ¿Qué pasa?

POLICÍA JOVEN- ¡Échale el guante! Se escapa...

(Antes de que el POLICÍA VETERANO reaccione, LARBI ya ha puesto tierra por medio.)

POLICÍA VETERANO.- No es posible.

POLICÍA JOVEN.- (**Incorporándose.**) Un descuido...

POLICÍA VETERANO.- Se te ha escurrido.

POLICÍA JOVEN.- A los dos.

POLICÍA VETERANO.- Maldita sea, te dije que le esposaras.

POLICÍA JOVEN.- ¿Por qué no lo hiciste tú?

POLICÍA VETERANO.- ¿Qué insinúas?

POLICÍA JOVEN.- Que no hemos detenido a nadie.

POLICÍA VETERANO.- Pero...

POLICÍA JOVEN.- Sobre este asunto, cremallera.

POLICÍA VETERANO.- (**Por la droga.**) ¿Y esto?

POLICÍA JOVEN.- Trae acá. Yo me ocupo.

POLICÍA VETERANO.- Hay que entregarla.

POLICÍA JOVEN.- Sería una pena.

POLICÍA VETERANO.- Hagamos como que no te entiendo.

POLICÍA JOVEN.- Estoy hablando muy claro. Ni tú ni yo vamos a acabar con la delincuencia, de manera que haremos bien en sacar el mejor provecho de ella.

POLICÍA VETERANO.- Conmigo no cuentas.

POLICÍA JOVEN.- Me basta con que no te vayas de la lengua.

POLICÍA VETERANO.- No eres trigo limpio. Juegas con fuego.

POLICÍA JOVEN.- Procuraré no quemarme.

POLICÍA VETERANO.- Voy a denunciarte.

POLICÍA JOVEN.- ¿Qué ganas haciéndolo?

POLICÍA VETERANO.- No empañar mi hoja de servicios.

POLICÍA JOVEN.- Cuando te jubiles, puedes limpiarte el culo con ella. Ya te falta poco, ¿eh, viejo? ¿Cuánto? ¿Tres años? ¿Dos? ¿Has pensado en tu futuro?

POLICÍA VETERANO.- ¿A qué viene eso?

POLICÍA JOVEN.- Olvidalo.

POLICÍA VETERANO.- ¿Qué querías decir?

POLICÍA JOVEN.- ¿De verdad quieres saberlo?

POLICÍA VETERANO.- Vamos a otro sitio.

(Los POLICÍAS se alejan. El PAISA sale de la sombra y devuelve al interior de la bolsa abandonada los objetos esparcidos por el suelo. LARBI regresa asustado.)

PAISA.- Tu bolsa. La dejaron tirada.

LARBI.- ¿Has visto? **(El PAISA asiente.)** ¿Y ahora? Gardel no me creará... ¿Qué puede hacerme?

PAISA.- Cuenta con un buen escarmiento.

LARBI.- Le temo.

PAISA.- Quítate de enmedio.

LARBI.- Me buscará...

PAISA.- Escóndete hasta que pase la tormenta.

LARBI.- ¿Dónde? ¡Eh! ¿Dónde?

PAISA.- Vente conmigo. Puedes quedarte algún tiempo en mi chabola.

LARBI.- ¿Con qué quieres que te pague?

PAISA.- El Paisa no cobra los favores. Además, no es mucho lo que te ofrezco. Apenas un techo.

LARBI.- ¿Vives solo?

PAISA.- Con un amigo.

LARBI.- ¿Estará de acuerdo?

PAISA.- No eres el primero que viene a casa. A

Abdelkader nada le parece mal. Es generoso. Ayuda a la gente a encontrar faena. Te echará una mano, seguro. Si fuera creyente, tendría reservado un lugar en el Paraíso.

LARBI- Entonces, ¿puedo?

PAISA- Claro.

Escena IX
Las afueras

La chabola del PAISA y de ABDELKADER en Peña Grande. Techo construido con puertas, paredes forradas con cartones de envasar leche y moquetas grapadas, raídas alfombras sobre el suelo de tierra y unos cuantos enseres: una mesa baja, un viejo frigorífico, un radiocasete, un televisor, un infiernillo, algunas sillas y un par de camas deshechas. Cuando el PAISA y LARBI llegan, ABDELKADER da chupadas a un cigarro y hace solitarios con una sobada baraja.

PAISA.- Traigo un huésped. Se llama Larbi. (A LARBI.) Éste es Abdelkader.

ABDELKADER.- Adelante. Llegas a punto para tomar el té. Instálate donde puedas.

PAISA.- Ponte cómodo.

LARBI.- (Señalando un rincón.) ¿Estoy bien ahí?

PAISA.- Justo debajo de la gotera.

ABDELKADER.- ¿Dónde quieres que pongamos el cubo cuando llueva?

PAISA.- Ese hueco es más confortable. Está resguardado del frío. Hay que conseguir un colchón, Abdelkader.

ABDELKADER.- Ya ves que esto no es un palacio, Larbi. Ni siquiera un apartamento digno. Mucho menos, incluso, que el cuartucho de una mala pensión. Pero a cambio, en Peña Grande, puedes hacer lo que en esos sitios está prohibido: cocinar un tajiné de habas, traer compañía femenina cuando notas que la bragueta revienta, cantar de día y de noche, beber hasta emborracharte y jugar a las cartas. ¿Sabes jugar a las cartas, amigo?

LARBI.- Al tute.

PAISA.- Con Abdelkader perderás siempre. Es un maestro.

ABDELKADER.- No le hagas caso. Como dicen, en el país de los ciegos, el tuerto es el rey. (Sirviendo el té en unos vasos.) Con hierbabuena. ¿Galletas o higos secos?

LARBI- Las dos cosas me gustan.

ABDELKADER- Pongamos las dos, entonces.

PAISA- ¿No te dije que Abdelkader es un hombre desprendido?

ABDELKADER- La comida que se guarda mucho tiempo, se pudre.

LARBI- ¿Tienes siempre tan buen talante?

ABDELKADER- En sitios como este, no cabe el mal humor. El que lo trae, si quiere entrar, ha de dejarlo fuera. Aunque, a veces, alguien lo cuela de contrabando y entonces...

LARBI- ¿Qué?

ABDELKADER- ¡Nada que hacer! **(Por el PAISA.)** A ese le da por pensar en su gente y a mí... Yo me tumbo y le escucho. Y cuando me aburro, porque acaba por aburrirme con tantos recuerdos y lloros, cojo la moto y me largo antes de que este suelo sucio y húmedo se abra y me trague. **(Beben en silencio.)** Estos silencios también nos invaden de cuando en cuando.

PAISA- Tenemos acordado que ha de romperlos el que los provoca.

ABDELKADER- Pero suelen llegar sin saber cómo y duran una eternidad porque ninguno quiere ser el primero en hablar. Si yo digo: “¿A qué esperas, Paisa? ¿Te ha comido alguien la lengua?”, él me la muestra y responde: “Aquí está, bien entera, pero te toca a ti soltar la tuya”.

LARBI- ¿Y si ninguno da su brazo a torcer?

ABDELKADER- Deciden las cartas. **(Barajándolas.)** ¿Hace una partida?

PAISA- Venga.

**(Los tres se sientan alrededor de la mesa baja.
ABDELKADER reparte los naipes.)**

ABDELKADER- **(A LARBI.)** ¿A qué te dedicas?

LARBI- El Paisa lo sabe...

ABDELKADER.- ¿De qué aprieto te ha sacado?

PAISA.- Estaba metiéndose en el fango. Ha salido a tiempo.

ABDELKADER.- Muchacho, has encontrado lo que los cristianos llaman un ángel de la guarda.

PAISA.- Lo que ahora necesita es que alguien le de trabajo. Quizás puedas echarle una mano.

ABDELKADER.- ¿A qué te dedicabas en Marruecos?

LARBI.- A nada importante.

ABDELKADER.- ¿Sabes hacer algo?

LARBI.- ¿Qué, por ejemplo?

ABDELKADER.- No sé... Arreglar jardines, cuidar el césped...

LARBI.- Puedo intentarlo.

ABDELKADER.- Mañana tengo que hacer algunos recados por la parte de Peña Grande y de Puerta de Hierro...

PAISA.- (Por ABDELKADER.) Nadie como él para saber donde hace falta un albañil o un jardinero.

ABDELKADER.- Veremos qué se puede hacer.

PAISA.- Así empezaste tú y no te fue nada mal en esos oficios, ¿verdad, Abdelkader?

ABDELKADER.- Calla, charlatán.

PAISA.- Dile a Larbi como tocaste el cielo.

ABDELKADER.- Agua pasada...

LARBI.- ¿Cómo fue?

ABDELKADER.- No lo diré.

PAISA.- Peor para ti. Si dejas pasar mucho tiempo sin contarlo, acabarás por olvidarlo.

ABDELKADER.- Yo he oído lo contrario, que lo que se cuenta se lo lleva el viento.

PAISA.- Son inventos de desmemoriados. Y tú no lo eres.

ABDELKADER.- No lo soy, no. Fue hace doce años y

lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer. Tal vez tengas razón.

PAISA.- Adelante.

ABDELKADER.- (A LARBI.) ¿De verdad quieres saber lo que pasó?

PAISA.- Estamos impacientes.

ABDELKADER.- Tú no. Conoces la historia de cabo a rabo.

PAISA.- Sabes de sobra que no me canso de oírla. (A LARBI.) A Abdelkader le gusta hacerse de rogar. Pero no te preocupes. Si él no la cuenta, lo haré yo.

ABDELKADER.- Eso nunca. Acabarías por apropiártela.

PAISA.- A veces lo hago.

ABDELKADER.- ¡Bribón! No consentiré que Larbi la conozca por otra boca. Así que, escucha... (**Abandonan el juego.**) A poco de llegar a Madrid, me contrataron en un chalet que no diré dónde está. Tenía que ocuparme del jardín una vez a la semana. Aquel día estaba regando a media mañana y empezó a llover...

PAISA.- ¿No fue por la tarde?

ABDELKADER.- Por la mañana. Esas cosas suceden por las mañanas, después del desayuno, cuando los maridos se han ido al trabajo, los niños al colegio y las mujeres se quedan solas. La señora salió de la casa. Tampoco diré su nombre. A nadie le importa. Se acercó adonde yo estaba.

PAISA.- No has dicho que era joven.

ABDELKADER.- Sí que lo era.

PAISA.- Y rubia.

ABDELKAER.- Joven y rubia, eso es.

PAISA.- ¿Lo has oído, Larbi?

LARBI.- (**Asiente.**) Sigue...

ABDELKADER.- Así que, vino hacia mí y me dijo: “¿No te parece que ya no hace falta regar más?”. La lluvia había empapado su blusa y se transparentaba. No llevaba nada debajo. Yo no quería mirar, pero miraba. No podía evitarlo.

Ella se daba cuenta y se reía. “Nos estamos mojando. Es mejor que pasemos dentro”. Dije que no.

LARBI- ¡Qué tontería!

ABDELKADER- Sólo era el jardinero y no tenía por qué poner los pies en la casa. Nadie me había dicho que no lo hiciera, pero yo conocía mi obligación. Insistió en que nos resguardásemos. Sabía convencer. No tuve más remedio que seguirla. Me llevó a la cocina. Me ofreció un café. “Entona el cuerpo”, dijo. Luego, mientras yo apuraba la taza, se quitó la blusa. Tenía los pechos firmes. Me obligó a acariciárselos. Al principio, temblaba. Sentía miedo. Quise apartar las manos, pero no me dejó. Enseguida perdí la cabeza. A cualquiera, en mi caso, le hubiera pasado. Entonces fue ella la que se asustó. Me pidió que regresara al jardín. Me negué. Dije que me iría cuando yo lo decidiera. Corrió hacia el salón. Y yo, detrás. La alcancé y caímos al suelo. No pude controlarme. Allí, sobre la alfombra, la llené el sexo de líquido espeso. Estaba furiosa. Lloraba y gritaba. Cuando acabé, gemía débilmente. Me suplicó que lo hiciéramos de nuevo. ¡Era ella la que lo pedía! “¿Por qué no? ¿Por qué no si a ella le agradaba y a mí también?”, me decía. Y lo hicimos otra vez. Y otra. No me preguntéis cuantas...

PAISA- Una vez dijiste que diez.

ABDELKADER- No lo sé. Fueron muchas. ¿Has dicho diez? Pues diez serán. Nunca estuve tan cerca del cielo.

LARBI- ¡Lo tocaste!

ABDELKADER- Mi cuerpo era una hoguera. Toda la lluvia caída aquel día no bastó para apagarla. Ni el correr del tiempo. Mucho después, cuando la veía desde el jardín o cuando por las noches soñaba con ella, mi pantalón se empapaba.

LARBI- Búscame un trabajo como ese, enseguida.

ABDELKADWER- Si quieres y te aplicas, serás jardinero, como lo fui yo. Pero en cuanto al suceso que acabo de referir, no te hagas ilusiones. Como dicen, no todo el monte es orégano. A nadie he conocido que haya vivido una aventura igual y yo mismo, por más que la he buscado de nuevo, no he logrado repetirla.

LARBI- ¿No será que, con los años, al gallo peleón se le ha doblado la cresta?

ABDELKADER- Hablas así porque todavía cuentas tus

ramadanes con los dedos de las manos, pero bien podrías comprobar con los que te sobran si tienes rabo entre las piernas o si naciste capón.

LARBI.- Ya lo averiguó una que se llama Juana la Loca.

ABDELKADER.- Suena a puta.

LARBI.- ¿Y qué si lo es?

ABDELKAADER.- No compares.

LARBI.- No me cobró.

ABDELKADER.- Vaya novedad.

PAISA.- Abdelkader, te picas.

ABDELKADER.- Lo que hice, ahí está. Veremos qué consigue Larbi. Si iguala mi proeza, callaré para siempre.

LARBI.- ¿No me buscarás la casa de una vieja?

ABDELKADER.- Si existiera, te llevaría al mismísimo jardín del Paraíso. No me gusta jugar con ventaja.

LARBI.- Te creo.

(Desde la chabola que sirve de mezquita llega, grabada, la voz del imán, que recita versos coránicos.

ABDELKADER hace un gesto de fastidio y pone en el radiocasete una cinta con canciones de Farid el Atrache.)

ABDELKADER.- A la hora de la plegaria, los descreídos oímos música y nos bebemos unos botellines.

(Antes de reanudar la partida, el PAISA saca unas cervezas de la nevera y las pone sobre la mesa.)

Escena X

Epístola marrueca desde París (1982)

Chalet próximo al poblado magrebí de Peña Grande protegido con rejas en las ventanas y altas tapias coronadas de alarmas eléctricas. En una alcoba abuhardillada presidida por un afiche del actor Arnold Schwarzenegger y algunos símbolos “ultras”, el HIJO de los dueños come una manzana que pela y trocea con un cuchillo. En el gimnasio, la MUJER, en chandal, pedalea sobre una bicicleta estática. Su ESPOSO recorre la sala de un extremo a otro al tiempo que agita, cada vez con más energía, un papel.

ESPOSO.- Ha llovido desde que recibimos la carta de tío Eulogio y, sin embargo, parece que la escribió ayer. **(La lee de corrido y en voz baja hasta que halla lo que busca.)** Escucha: “Al principio, pocos se dieron cuenta de que el barrio empezaba a ser distinto. Pero lo cierto es que las calles se iban llenando de morenos. Se movían con sigilo, procurando no llamar la atención para no alarmar a los vecinos. A la chita callando se adueñaron de las pensiones y ocuparon los pisos abandonados por inquilinos que veían con inquietud esa paulatina invasión. Cuando el vecino del ático bajó a despedirse, me comentó que, en su opinión, el barrio había cambiado su fisonomía y que tenía el presentimiento de que pronto seríamos nosotros los extranjeros y no esa incontenible marea de negros y morenos que empezaba a superarnos en número. Ahora puedo decir que no le faltaba razón. Los forasteros se han hecho los amos y nosotros empezamos a sentirnos ovejas en corral ajeno. Las calles, llenas de tenderetes, parecen un zoco por el que se hace difícil andar. Por todas partes se respira angustia. Tantos desharrapados componen un ejército de obreros clandestinos y de parados que produce miedo, sobre todo cuando ves como a la plena luz del día alborota sin miedo a la presencia, cada vez más escasa, de la policía. Un paisano nuestro, catalán para más señas, que vive cerca de casa, ha escrito una novela que trata, según dicen los que la han leído, de lo que os vengo contando. Relata que, una mañana, al salir a la calle, el protagonista descubre que no sólo están pintarrajeadas las paredes con esos garabatos que usan los moros para entenderse, sino que el anuncio luminoso del bar que frecuenta ha sido sustituido por otro con esa clase de

letras y también el de un McDonalds que abrieron hace poco. Advierte que incluso los rótulos de las calles están escritos en ese idioma de locos. Yo os digo que nuestro paisano no exagera y que, a este paso, no es ningún disparate liar el petate y tomar las de Villadiego. Pero me parece que no basta con mudarse de barrio. Toda la ciudad va camino de convertirse en bastarda. Si no llevara viviendo en París veinte años y si no tuviera la residencia francesa, os aseguro que regresaría a Madrid para quedarme a vuestro lado definitivamente”.

**(Al tiempo que el ESPOSO concluye la lectura de la carta, la punta de un bolígrafo dibuja en la pantalla una firma, el nombre de una ciudad y una fecha:
Eulogio, París, octubre del 82.)**

MUJER.- Cuando la recibimos pregunté: ¿es posible que algún día pase aquí algo parecido?

ESPOSO.- Y ya ves, ahora tienes a los moros a dos pasos de tu casa.

MUJER.- Si por lo menos se quedaran en las chabolas... Te los tropiezas por todas partes.

ESPOSO.- Te he dicho que no salgas sola a la calle. Es peligroso y desagradable. El otro día, unos marroquíes degollaron un carnero y esparcieron las vísceras por el suelo. De vomitar. ¿Qué necesidad tienes de andar por ahí si puedes pedalear sin moverte de casa?

MUJER.- Llegan hasta la verja. Se asoman al jardín para ver si hay a su alcance algo que merezca la pena. Si los sorprendes, te sonríen como si te conocieran de toda la vida. Cualquiera día, alguno se nos meterá en casa y no sabremos cómo echarlo.

(Las luces del gimnasio se apagan lentamente. En su alcoba, el HIJO limpia el cuchillo en los bajos del pantalón, se lo guarda en un bolsillo y se dirige a la imagen del protagonista de “Terminator”).

HIJO.- La gente de piel oscura me desagrada. Me da repelús. Es la escoria.

(Luego pone en un blanco de corcho, la foto de un negro. Se ciñe un cinturón cuya pesada hebilla representa la cruz céltica y se separa unos pasos. Con las piernas arqueadas y los brazos separados, arroja dardos contra el retrato. Abandona el juego cuando, desde la ventana, repara en el PAISA, que camina por delante del chalet.)

HIJO.- Tengo curiosidad por saber de que color es la sangre de los moros.

Escena XI

Asesinato por nada

LARBI tiembla agazapado en un extremo de su cama. De vez en cuando se tapa los oídos como si algún sonido agudo se los taladrara, pero el silencio es absoluto a su alrededor. Lo rompe poco después el ruido de una moto que se detiene a la puerta. A LARBI se le antoja eterno el tiempo que ABDELKADER tarda en cruzarla.

ABDELKADER.- ¿Qué haces ahí? Estás descompuesto.

LARBI.- Regresas tarde.

ABDELKADER.- Me entretuve.

LARBI.- Hoy más que otras veces.

ABDELKADER.- Aun así, llego antes que el Paisa.

LARBI.- El Paisa no vendrá.

ABDELKADER.- ¿Dónde se ha metido?

LARBI. **(Con voz ahogada.)** Está muerto. Está muerto, Abdelkader. ¡Está muerto!

ABDELKADER.- Vacilas.

LARBI.- No.

ABDELKADER.- Estás borracho.

LARBI.- ¡Ojalá!

ABDELKADER.- ¡Mientes!

LARBI.- Le mataron delante de mí... Delante de mí... ¿Me oyes? No pude impedirlo. Me amenazaron. Pudo pasarme lo que a él. **(Hay un largo silencio.)** ¿No preguntas cómo ha sido? ¿No quieres saberlo? ¿No te importa?!

ABDELKADER.- Es la historia de siempre.

LARBI.- Tengo la cabeza llena de palabras locas. Necesito que salgan, que rompan estas paredes, que se vayan lejos, que se pierdan...

ABDELKADER.- Lárgalas si eso te hace bien.

LARBI- Estuvimos un rato largo sentados en un banco. El Paisa estaba contento. Me contó que pronto regresaría a Marruecos. “No es Marruecos lo que me llama”, me dijo. “Son mi mujer y mis hijas las que tiran de mí”. Me enseñó unas fotos. “Esta es Kativa, mi mujer. Las pequeñas se llaman Iman y Zhora. Y esta es mi casa. Está en Larache”. También habló de sus proyectos. En cuanto llegará allá, pensaba abrir una tienda de ropa. O de lo que fuera. El caso era vender. Vender cosas. “Lo mío es el regateo, el tira y afloja”, me decía. Y también que, cuando se fuera, podía quedarme con su sitio y su cama. Al anochecer se despidió. “Luego nos veremos”. Había andado un trecho como de aquí a la fuente cuando llegaron unos cuantos. Uno le dio un cabezazo. Otros le golpearon con los puños. Un hijo de puta sacó un cuchillo. Vi como le pinchaba en el estómago. Y cómo huían. Nadie fue tras ellos. Sólo yo. Yo sólo. Alcancé al asesino. Le sujeté. Pero él tenía el cuchillo, el cuchillo lleno de sangre, y yo nada más que las manos. Y estaban los otros, que regresaban. Le dejé escapar. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Y luego? ¿Volver a su lado? ¿Quedarme con él? Estaba muerto y la policía llegaría enseguida. Me fui apartando. Le dejé solo, tirado, como si no le conociera. Cuando sonaron las sirenas, estaba lejos. Los del Samur le cubrieron con un papel dorado y los policías empezaron a preguntar a unos y a otros. El revuelo duró hasta que se lo llevaron en un furgón. Entonces regresé al sitio en que le mataron. Quedaba la mancha de sangre. Lloré de rabia y maldije la mala suerte del Paisa. Mientras venía hacia aquí, volvía la cabeza a cada paso por si los asesinos aparecían de nuevo y venían a por mí. Nadie sabe todavía lo que ha pasado. Tenías que ser el primero.

ABDELKADER- Hay que avisar a los vecinos. La muerte del Paisa nos alcanza a todos. Y tenemos que ir a reclamar su cuerpo.

LARBI- ¿Sabes adónde lo han llevado?

ABDELKADER- Todos los que mueren como perros van a parar al mismo sitio. Los hombres de aquí conocemos bien el camino. Lo hemos recorrido varias veces. En silencio, sin atrevernos a exigir que se haga justicia, pidiendo cada uno para sus adentros que el siguiente luto sea por otro.

LARBI- ¿Tiene que haberlo por fuerza?

ABDELKADER- Siempre hay quien cree tener motivos para matarnos.

LARBI- ¿No hay lugar seguro para nosotros?

ABDELKADER- Yo no lo conozco. Es inútil que nos empeñemos en pasar desapercibidos. Sólo el azar puede librarnos de esos salvajes. Hasta ahora sabías cuánto cuesta ganarse la vida. Desde hoy sabes también lo fácil que resulta perderla. Vamos, Larbi.

LARBI- No iré a ese sitio. Ni a ningún otro.

ABDELKADER- Tienes que acompañarme.

LARBI- Ve con otros. No me necesitáis. No volveré a pisar la calle. Hay demasiado odio...

ABDELKADER- ¿Tienes miedo?

LARBI- ¿Y qué si lo tengo?

ABDELKADER- La violencia existe. Hay que convivir con ella. Saldrás, aunque sea a rastras.

(**ABDELKADER tira de LARBI.**)

LARBI- ¡No me toques! ¡Quita las manos de encima!

ABDELKADER- ¡Estás acojonado! ¡Ponte derecho! ¡No te arrugues! ¡Vete a la mierda, baboso cabrón!

(**Ambos se miran de frente. LARBI tiene el rostro bañado en sudor. ABDELKADER le empuja y sale de la chabola. LARBI inclina la cabeza sobre el pecho y solloza. Más tarde, contempla la cama del PAISA.**)

LARBI- Tú me comprendes. ¿Verdad, Paiza, que tú me comprendes y me perdonas?

(**Para LARBI se inicia una noche de desolación a la que seguirán otras tan iguales que, todas juntas, parecerán una sola.**)

Escena XII:

La reclusión solitaria

En la pantalla aparecen imágenes del interior de la chabola. La cámara ha filmado lo que ven los ojos de LARBI. Un recorrido frío por cada uno de sus rincones, de las paredes, de los objetos... Se detiene ante la cama del PAISA. Vuelve a ella una y otra vez. Y si al principio la muestra vacía, luego, en numerosas ocasiones, aparece fugazmente ocupada por el amigo muerto: tumbado sobre la raída manta, sentado al borde contemplando con arrobo las fotos de los suyos o disponiendo sus pertenencias en la maleta. Cuando tal cosa sucede, LARBI, sacudido por una profunda agitación, corre hacia el lecho. Al comprobar que se trata de visiones, golpea con saña, hasta el agotamiento, el colchón frío y hundido. Tras la violenta reacción, le invade un cierto sosiego, cierra los ojos y duerme, o finge hacerlo. Entonces, la cámara se detiene. En esta ocasión, frente a la puerta cerrada. La de la pantalla y la real se abren empujadas desde fuera. En el umbral se recorta la silueta de ABDELKADER.

ABDELKADER.- Larbi... (LARBI responde con un gruñido.) Escucha...

LARBI.- (Mirándole con desgana.) ¿Qué?

ABDELKADER.- Otro en tu lugar...

LARBI.- ... Saldría a buscar al que mató al Paisa. No me lo repitas. Si le encontrara, no tendría valor para enfrentarme a él. ¡Y no me cuentes lo que harías tú! Lo sé: golpearle hasta romperte los puños y cuando no se tuviera en pie, cuando pareciera un saco fofo, le obligarías a que te llevara hasta su casa y allí, en su misma puerta, le escupirías y te mearías sobre las magulladuras de su rostro. Luego tocarías el timbre y echarías a correr. Para hacer eso hay que tener los cojones bien puestos. Tú los tienes. ¡Yo no! Te lo diré de una vez. Desde que pasó aquello, estoy mordido. Y un tipo que está mordido, que tiene la polla fría como el hielo, no es capaz de hacer grandes cosas. **(Bajándose los pantalones.)** ¡Mira! Un colgajo sin vida. No me obedece. ¿Qué se puede hacer cuando a uno le pasa esto? ¿Qué se puede hacer cuando sientes que las paredes y el techo se te vienen encima? ¿Qué se puede hacer, Abdelkader?

Escena XIII
La visita del Sosia

Semanas después. ABDELKADER llega a la chabola acompañado de un ANCIANO árabe. Le señala a LARBI.

ABDELKADER. - Ahí le tiene.

LARBI. - ¡Fuera!

ABDELKADER. - No le haga caso. Está devorado por la fiebre.

LARBI. - ¡Fuera! ¡No quiero más sanadores! ¡No traigas más vendedores de buenas palabras y de remedios inútiles!

ABDELKADER. - Este hombre tiene fama de sabio. Hace maravillas.

LARBI. - Vive de las desgracias ajenas, como el curandero ciego.

ABDELKADER. - (Al ANCIANO.) Palpó sus partes y dijo: “Ningún calor, ni siquiera el de tus propias manos, te devolverá la virilidad. Lávate con agua templada y afeitate el pubis. Antes de cuatro días, el mal habrá desaparecido”.

LARBI. - Maldita la hora en que le hice caso. Aquí me tienes, con los cojones pelados, peor que antes.

ABDELKADER. - A otros les dio resultado.

LARBI. - ¡A mí no!

ABDELKADER. - Tampoco sirvió que te bebieras la sangre de un gallo, ni que durante una semana te alimentaras de moscas verdes del Atlas. Tu caso no es corriente. Ni siquiera se te puso valiente con la niña que te traje. (Al ANCIANO.) Se tendió desnuda a su lado, trazó dibujos en su cuerpo con los dedos y los labios y le mojó el pecho y el vientre con el sexo...

LARBI. - La putilla tenía la tetas pequeñas.

ABDELKADER. - A mi me bastaron.

LARBI. - Un palo te excita.

ABDELKADER. - Reconoce que no hay tetas capaces de devolverte el aliento.

LARBI. - No te he pedido que las busques. No las quiero. Con la muerte del Paisa me vino el daño. Trae a quien tenga el poder de resucitarlo. **(Al ANCIANO.)** ¿Tú puedes conseguirlo?

ANCIANO. - Los milagros no están a mi alcance. Sólo el hacedor del mundo puede despertar a los muertos.

LARBI. - Entonces, largo. Pierdes el tiempo conmigo.

ANCIANO. - Hay otras formas de atajar el mal.

ABDELKADER. - ¿Lo oyes?

LARBI. - Llévate a ese grajo.

ANCIANO. - La enfermedad del exilio y la soledad se ha instalado en tu cuerpo. Padeces el mal de la tierra.

LARBI. - No sé de qué me hablas.

ANCIANO. - Finges ignorarlo. Si no la expulsas, esta casa será tu celda y quién sabe si también tu tumba.

ABDELKADER. - Lleva un mes encerrado. Convénzale de que hay que salir a la calle y ganarse la vida.

ANCIANO. - Yo sé lo que conviene hacer para sacarle el demonio que lleva en las entrañas. Déjanos solos.

ABDELKADER. - Le daré una fortuna si ese terco sigue sus consejos.

ANCIANO. - Antes de que la juntes, me la estarás debiendo.

ABDELKADER. - **(Saliendo.)** Me pongo a ello por si es verdad lo que promete.

LARBI. - ¿Tan seguro está de convencerme?

ANCIANO. - Tú y yo vamos a entendernos. ¿Qué hay tuyo en esta casa?

LARBI. - ¿Eso qué importa...?

ANCIANO. - Responde.

LARBI. - Una bolsa con cuatro cosas y lo puesto.

ANCIANO.- Es decir, nada.

LARBI.- No traía más cuando vine.

ANCIANO.- Siendo así, ¿por qué dejar que el peso de tu cuerpo hunda el colchón de esa cama prestada?

LARBI.- El Paisa...

ANCIANO.- Abdelkader me ha dicho que estaba casado.

LARBI.- Dejó viuda y dos hijas.

ANCIANO.- ¿Sabes dónde viven?

LARBI.- En Larache.

ANCIANO.- Pon en su maleta todas sus pertenencias y haz su camino, el que estaba a punto de emprender cuando le mataron. Preséntate ante esas mujeres y dales la amarga nueva, si todavía no la conocen. Y consuelo. Lo agradecerán y a ti te hará bien. Volverás a ser el de antes. Recuperarás la fuerza perdida, la que necesitas para llegar a tu casa y abrazar a los tuyos.

LARBI.- Es regresar al pasado.

ANCIANO.- A tu sitio.

LARBI.- ¿Esa es tu medicina?

ANCIANO.- Es un viaje necesario. Tienes mucho que contar a tu madre. Vive con los ojos cerrados. Ábreselos, impide que siga ahorrando para el pasaje de tus hermanos. Háblales del destino incierto que les aguarda en este lugar hostil, del que tuvo tu hermano mayor. Sólo tú sabes que ya no es de este mundo, que hace mucho que dejó de pensar en ellos.

LARBI.- ¿De qué me conoces? (**Asomándose al exterior.**) ¿Dónde has encontrado al viejo, Abdelkader? (**Se acerca al ANCIANO para ver mejor su rostro.**) Eres el vivo retrato de Nachib. La mirada, esas cicatrices en el lugar de las heridas que yo vi... ¡Eres él! ¿En qué tumba tan poco honda te enterraron que te ha sido tan fácil salir? ¿O sólo estabas malherido cuando te dimos por muerto?

ANCIANO.- No conozco a ese tal Nachib. Las cicatrices son secuelas de un accidente.

LARBI.- ¡Me vuelve la calentura! ¿Cómo has llegado hasta mí? ¿Quién te ha guiado? ¿O has seguido las huellas que he

ido dejando? ¡Buen olfato, perro sarnoso! Pero no me harás deshacer lo andado para ser vocero de la muerte. ¡Eres una pesadilla! ¡Otro fantasma metido en mi vida! ¡Fuera de mi vista!

ANCIANO.- ¡Alabado sea Dios! Quédate con tus males. Sólo a ti te pertenecen. Te recuerdo que para entrar aquí no he violentado ninguna puerta. Me han llamado y he venido. Me echas y me voy. Como hacen los hombres honrados.

(El ANCIANO sale. Tras un momento de vacilación, LARBI corre hacia la puerta y se asoma a la noche.)

LARBI.- ¡Espera, Nachib! ¡Regresa! ¡Abdelkader! ¿Estás ahí? ¡Alcánzalo! **(Retrocede abatido.)** Tenía que haberle arrancado la lengua. Quién sabe que dirá de mí a los que me conocen...

(La respuesta se la da su propia imagen proyectada sobre la pantalla.)

IMAGEN DE LARBI.- Tranquilízate. Ese hombre no es Nachib. Le vimos muerto. Pero aunque hubiera resucitado, nunca se habría alejado de Marruecos. A no ser...

LARBI.- ¿Qué?

IMAGEN DE LARBI.- Nada. He tenido un pensamiento absurdo.

LARBI.- Dilo.

IMAGEN DE LARBI.- Es un disparate.

LARBI.- Aunque así sea.

IMAGEN DE LARBI.- ¿Y si todavía estuviéramos en Marruecos, si nunca hubiéramos cruzado la frontera? ¿No parece un gueto este poblado, un sucio arrabal de Casablanca o de Tánger? ¿No seguimos oyendo en las casetes la música de siempre y respirando el olor de nuestra propia casa? ¿No nos son familiares los yuyúes de las mujeres que vienen detrás de cada desgracia?

LARBI.- ¿No fue verdad nuestro viaje?

IMAGEN DE LARBI.- Lo hicimos, pero al avanzar empujábamos la frontera, como si fuera un cinta elástica. Nunca logramos dejarla a nuestras espaldas.

LARBI.- El Paisa no estaba en Marruecos cuando le mataron, ni Abdelkader cuando folló con la mujer rubia. Eso prueba que alguna vez la hemos roto y puesto los pies al otro lado.

IMAGEN DE LARBI.- Por poco tiempo y sin alejarnos demasiado. El Paisa salió a dar un paseo y tuvo un mal encuentro. Y la aventura de Abdelkader fue tan breve como la lluvia caída aquella mañana. Duró lo que la mujer quiso. Después volvió a su territorio. No conquistó nada. Únicamente se trajo un recuerdo de la excursión. No hubo más. Todo cuanto tiene es esa historia para contar y la moto con la que da vueltas y vueltas sin atreverse a perder de vista este rincón africano. ¿Qué hacemos aquí? ¿Se cumplirán nuestros sueños entre las maderas podridas y los cartones? Tenemos que escapar. Escapar cuanto antes. Alejarnos de este lugar en el que todos somos tan iguales. Salir de nuestro cuerpo si es preciso. Dejar de ser nosotros y no pensar en volver.

LARBI.- Fuera hay que pelear.

IMAGEN DE LARBI.- Estábamos dispuestos a ello.

LARBI.- No contábamos con el odio. Ser moro es muy duro.

IMAGEN DE LARBI.- Habrá que apartar a puntapiés lo que nos cierra el paso. Arrancarnos la corona de humillación que nos hemos puesto. Cuando lo hagamos, gozaremos de la vida. ¿A qué esperamos?

LARBI.- No dejaremos este lugar por propia voluntad. Nos falta valor.

IMAGEN DE LARBI.- ¿Nos iríamos si Abdelkader nos echara?

LARBI.- Sabe que el Paisa no lo hubiera consentido. Aunque lo desee, por mucho que le moleste nuestra presencia, jamás nos pondrá en la calle. Sólo una catástrofe puede empujarnos fuera de Peña Grande. Un temblor de tierra que redujera todo a escombros o un incendio que arrasase el poblado. Para los demás sería una desgracia. A nosotros, nos pondría alas en los pies.

IMAGEN DE LARBI.- Los terremotos los envía la

naturaleza. No está en nuestras manos provocarlos. En cambio, es fácil encender una hoguera. ¿Nos atreveríamos a quemar este infierno?

Escena XIV

Pobre y sucia tierra sembrada de ceniza

En la madrugada, el poblado magrebí de Peña Grande arde por los cuatro costados. A escasos pasos, sus habitantes, violentamente arrancados de su sueño, aguardan apiñados e inmóviles a que los bomberos terminen su trabajo para regresar a los hogares calcinados. El resplandor de las llamas y las ráfagas de luz amarillales convierten en seres fantasmagóricos. La única señal de que realmente existen son sus voces, que van surgiendo poco a poco.

MAGREBÍES.- Se veía venir.

- Otra vez el cortocircuito.
- O una estufa encendida.
- O un cigarrillo mal apagado.
- O un borracho.
- En casa de Hamid había jarana.
- Yo estaba allí. Sólo cantábamos y bromeábamos. No es necesario hacer locuras para matar el aburrimiento.
- ¿Cuántas cervezas llevábais bebidas?
- Compramos dos cajas. No tuvimos tiempo de abrirlas. Acababan de traerlas, cuando Larbi dio la voz de alarma.
- **(A LARBI.)** ¿Has sido el primero en ver el fuego?
- ¿Cómo empezó? ¿Dónde?

LARBI.- Me despertó un resplandor. Salí a ver qué era y ya había llamas por todas partes. Sólo me preocupé de avisar del peligro, de echar las puertas abajo y de sacar a la gente de las casas...

NAYIM DADÍ.- ¿No has olido, como yo, a gasolina?

LARBI.- A mierda quemada.

NAYIM DADÍ.- Y a gasolina, sobre todo a gasolina. Quien quiera que me entienda. ¡Han podido quemarnos vivos! Los de los chalés han cumplido sus amenazas.

MAGREBÍES.- No les importa tenernos de criados, pero

no les gusta que seamos su vecinos.

- Si no quieren ver como vivimos, que miren a otro lado.
- O que cierren las persianas.
- No se saldrán con la suya. ¡Vamos a quedarnos!
- De aquí a tres horas, cuando aún abrase el suelo, habremos sacado de entre las cenizas lo que las llamas hayan respetado. Y antes de cuatro días, el poblado estará levantado de nuevo.
- No saben que estamos hechos al trabajo y al sufrimiento.
- La miseria es resistente. Ni el fuego puede con ella.
- Volverán a intentarlo, pero aguantaremos.
- ¡La próxima vez no me veréis descalzo! De ahora en adelante, dormiré con los zapatos puestos.

(LARBI se aparta discretamente del grupo y se aleja.)

NAYIM DADÍ. - ¿Así aseguramos nuestras vidas? Es hora de que recitemos las leyes que fueron dadas para castigar el crimen. ¿Hemos olvidado la que ordena que se pague un ojo por otro ojo, una oreja por otra oreja y un diente por otro diente? En este día y en esta hora nace la partida del Talión. En su nombre os llamo a nuestra particular intifada. Los que estéis dispuestos a dar por el culo a los incendiarios, tenéis sitio en ella. Lo de hoy tendrá respuesta. Vaciamos en sus puertas los cubos de la basura. Lenaremos sus calles de porquería. Escribiremos en las tapias de sus casas nuestras amenazas. Y si las borran, las repetiremos. Harán bien en tomárselas en serio. Por las noches, apenas se acuesten, iremos a azuzar a los perros. Los ladridos los tendrán en vela. Y a todas horas, desde cualquier esquina, apedreamos sus coches. ¡Que no se quejen! El daño que les hagamos no es mayor que el que nos han hecho. ¡Ay de ellos si no entienden el mensaje y vuelven a molestarnos! Para entonces estaremos mejor preparados. Si otro incendio consume lo nuestro, acercaremos el fuego a sus ventanas. Lo alimentaremos con neumáticos, con cuanto sirva para hacer grandes las hogueras. No pararemos hasta que el calor reviente los cristales y las llamas se les metan dentro. No habrá agua bastante para apagarlas.

(Dominado el incendio, cesa el ruido de las bombas de

los coches cisterna y las alarmas luminosas dejan de despedir destellos. Para entonces, LARBI ha alcanzado la avenida que conduce al centro de la ciudad. Desde ella advierte como la gente empieza a acercarse a las ruinas humeantes.)

NAYIM DADÍ.- ¿Qué hacéis?

MAGREBÍES.- Pasó el peligro.

- Podemos regresar.

NAYIM DADÍ.- ¿Qué hay de mi propuesta?

UN MAGREBÍ.- Palabras, palabras, palabras...

NAYIM DAADÍ.- ¡No podemos dejar sin castigo la canallada!

UNA MUJER.- Padeces el mal de la imprudencia, Nayim Dadí.

NAYIM DADÍ.- Tenemos que pagarles con la misma moneda.

UN MAGREBÍ.- Puede que sea lo justo, pero es mejor dejar las cosas como están.

NAYIM DADÍ.- La cobardía es puerta por la que se cuelan las desgracias.

EL MISMO MAGREBÍ.- Más y peores las padeceríamos si te hiciéramos caso.

OTRO MAGREBÍ.- No convertiremos el barrio en un campo de batalla. Sólo perderíamos nosotros. Si se empeñan, nos borran del mapa. En otros sitios lo han hecho.

NAYIM DADÍ.- Donde la gente no cerró el paso a las excavadoras.

OTRO MAGREBÍ.- Nada las detiene.

NAYIM DADÍ.- ¡Sé manejar la dinamita!

UN MABREBÍ QUE SE ALEJA.- ¡Gilipollas!

Escena XV

El lugar en que todos se llaman Mohamed

LARBI entra en una sala del Centro de Internamiento de Extranjeros. Un POLICÍA vigila a los inmigrantes que ocupan las bancas alargadas dispuestas frente a un televisor encendido. El recién llegado se sienta y contempla con indiferencia las imágenes. No tarda en sentirse observado por alguno de sus compañeros. Busca con la mirada y encuentra la de un hombre negro que, a verse sorprendido, le sonrío y abandona su sitio para sentarse a su lado.

MASABO.- Me llamo Masabo.

LARBI.- Yo, Larbi.

MASABO.- Te llamas Mohamed. Aquí, en el Centro de Internamiento, todos los moros os llamáis Mohamed. Y sois hijos de Mohamed y de Fátima. Que averigüen ellos si es mentira. ¿Cómo te han cazado?

LARBI.- Estaba en la estación de autobuses. Me pidieron los papeles. Dije que los había pedido en un incendio. Por decir algo. ¿Y a ti?

MASABO.- En una discoteca. Hicieron una redada. Tenía el permiso de residencia caducado. Me lo comí antes de que me echaran mano. Cuando me presentaron al juez no tenía ni papeles, ni memoria. Cuanto menos sepan de uno, mejor. No hay que darles pistas. Si se las das, se lo pones a huevo. Antes de que cumpla el plazo saben hasta el nombre de tu abuelo. Yo no tengo ganas de que me envíen a hacer compañía al mío.

LARBI.- ¿Vive lejos?

MASABO.- Lo dejé en Senegal.

LARBI.- ¿Dónde está eso?

MASABO.- En el culo del mundo.

(Permanecen callados durante unos momentos.)

LARBI.- ¿Expulsan a todos?

MASABO.- Se libran pocos.

LARBI.- ¿Cómo lo consiguen?

MASABO.- Aguantando en este encierro cuarenta días sin que sepan quién eres, ni de dónde vienes. Si para entonces tu carpeta sigue tan vacía como cuando entraste, te ponen en la calle. De lo contrario, no hay remedio. Te pasaportan gratis.

LARBI.- ¿Nadie se escapa?

MASABO.- Alguno.

LARBI.- ¿Lo has intentado?

MASABO.- Aún no.

LARBI.- ¿A qué esperas?

MASABO.- A no tener otra salida. Esa no es fácil.

LARBI.- No estamos en la cárcel.

MASABO.- No te pierden de vista. Si sospechan que intentas engañarles, te quitan las ganas de mala manera. Saben cómo hacerlo.

LARBI.- Cualquiera tiene un momento de descuido. Es cuestión de estar atento y aprovecharlo.

MASABO.- Vas muy deprisa. Acabas de llegar y ya sueñas con escaparte.

LARBI.- Para nosotros no hay sitio bueno, pero presiento que este es el peor de todos. No pararé hasta verme fuera.

MASABO.- ¿Adónde irías?

LARBI.- Lejos de Madrid.

MASABO.- ¿Tan mal te ha ido?

LARBI.- No me ha servido de asilo. Esta maldita ciudad no da de comer a los hambrientos.

MASABO.- Si sales de esta ratonera, búscate la vida en el campo. Allí hay trabajo y nadie te pregunta si tienes los papeles en regla. Yo estuve una temporada en un pueblo de Aragón. Tierra de frutales. Me gustan los árboles. Sé cuidarlos como pocos. Me fui porque no soportaba que los negros fuéramos la escoria de los inmigrantes.

(El POLICÍA advierte que uno de los internos ha encendido un cigarrillo. Va hasta él y le golpea en el hombro.)

POLICÍA.- ¿A quién has pedido permiso para fumar?

INTERNO.- ¿Hay que pedirlo?

POLICÍA.- Sí.

INTERNO.- ¿Puedo fumar?

POLICÍA.- No.

INTERNO.- ¿Por qué?

POLICÍA.- Me molesta el humo.

(El INTERNO se dispone a apagar el cigarrillo, pero MASABO se lo impide.)

MASABO.- Si le pica la garganta, que se salga al pasillo.

POLICÍA.- (A MASABO.) Vuelve a tu sitio.

(MASABO coge el cigarrillo al interno, se lo lleva a los labios, da una larga chupada y echa la bocanada de humo al rostro del POLICÍA.)

POLICÍA.- ¿Qué haces, cabrón?

MASABO.- Ciscarme en ti.

POLICÍA.- ¡Cierra la boca!

(El POLICÍA saca la porra y la descarga sobre MASABO. Éste se la arrebató, arremete contra él y le derriba.)

MASABO.- ¡Voy a darte una paliza! ¡Voy a hacerlo, monigote! ¡Voy a romperte los morros!

LARBI.- (Tratando de poner fin a la pelea.) ¡No lo hagas! ¡Te pierdes!

MASABO.- A éste me lo llevo por delante. ¡Está sentenciado!

LARBI.- Has perdido la cabeza.

MASABO.- ¡Hoy me dan pasaporte para la cárcel! ¡Me quedo en España! ¿Cómo no se me ocurrió antes?

LARBI.- (A los demás, que contemplan la escena espantados.) ¿Qué miráis vosotros? ¡Echadme una mano!

MASABO.- (A punto de estrangular al POLICÍA.) Sí vas a largarte, ¡ahora!

(El POLICÍA consigue zafarse, desenfundar la pistola y dispararla. MASABO, alcanzado en el vientre, retrocede. LARBI va hacia él.)

POLICÍA.- ¡Atrás! ¡No te acerques!

MASABO.- Hazle caso. No es nada, un rasguño.

(Fuera se oyen pasos apresurados y voces. LARBI retrocede hacia la puerta y se detiene junto a ella. Cuando un grupo de policías irrumpe en la estancia, sale sigilosamente al exterior.)

Escena XVI

Reservado el derecho de admisión

En el bar de un pueblo aragonés frontero con Cataluña, cuatro vecinos -RUFINO, MATEO, GALLARDO y LUQUE- juegan al dominó. ROLDÁN, el dueño del local, limpia la cafetera.

RUFINO.- Gran cosecha la de este año.

MATEO.- No habrá otra igual.

GALLARDO.- Será buena cuando la hayamos vendido.

LUQUE.- Nunca estás contento, Gallardo.

GALLARDO.- No me cabe más fruta en las cámaras.

MATEO.- Irá saliendo.

GALLARDO.- ¿A qué precio?

RUFINO.- Hasta hoy pagan lo justo.

GALLARDO.- ¿Y mañana?

LUQUE.- Un poco menos.

GALLARDO.- Tú lo has dicho.

(AMMAR, un hombre negro, entra y se va a un extremo de la barra. ROLDÁN le saluda y le sirve una coca-cola.)

RUFINO.- No te irá tan mal cuando has comprado la finca de Morata.

GALLARDO.- Me he empeñado hasta las cejas.

RUFINO.- Da su renta.

GALLARDO.- Ha sido un capricho.

MATEO.- Y que uno mira por dejar algo a los hijos.

GALLARDO.- También por eso.

LUQUE.- Me has ahorcado el pito doble, Rufino. Ganáis.
(A ROLDÁN.) Sirve a estos lo que quieran. Pagamos Gallardo y yo.

RUFINO.- Un solo.

MATEO.- Otro bien cargado.

GALLARDO.- A mí lo de siempre.

ROLDÁN.- ¿Un coñac, Luque?

LUQUE.- Sol y sombra.

RUFINO.- ¿Hace la revancha?

GALLARDO.- Repartid las fichas mientras echo una meada.

(Al dirigirse a los servicios, GALLARDO repara en la presencia de AMMAR.)

GALLARDO.- (A ROLDÁN.) ¿Y éste?

ROLDÁN.- Viene todos los días.

GALLARDO.- ¿No está reservado el derecho de admisión?

ROLDÁN.- Para los que molestan al personal o arman bronca... Ammar es un tío fetén.

GALLARDO.- Pues a mí no me gusta.

ROLDÁN.- Yo no valgo para echar a la gente sin motivo.

GALLARDO.- Pues fijate bien cómo se hace. (A AMMAR.) Ya estás cogiendo la puerta, negro.

AMMAR.- Estoy bien aquí.

GALLARDO.- ¡Digo que a la calle!

AMMAR.- ¿Manda en el bar?

GALLARDO.- ¿Oís al chulo asqueroso?

AMMAR.- Pago lo que tomo.

GALLARDO.- Faltaría más... ¡Andando!

AMMAR.- (Muestra su vaso.) Me iré cuando me beba esto.

GALLARDO.- (Derramando el líquido de un manotazo.) Asunto arreglado.

(AMMAR se revuelve furioso. Los de la mesa se levantan y uno de ellos, MATEO, evita que agrede a GALLARDO interponiéndose entre ambos.)

MATEO.- (A AMMAR.) Vete.

AMMAR.- Ha tirado mi coca-cola.

MATEO.- No es para tanto.

ROLDÁN.- La tienes pagada.

AMMAR.- Ponme otra.

ROLDÁN.- Otro día, Ammar.

AMMAR.- Ahora.

MATEO.- Hazme caso, moreno. Llevas las de perder.

GALLARDO.- Gastáis muchos miramientos.

LUQUE.- Tranquilo, Gallardo.

(ROLDÁN conduce a AMMAR hacia la puerta.)

AMMAR.- (Resistiéndose a salir.) Mañana vuelvo.

GALLARDO.- Lárgate del pueblo y no vuelvas a poner los pies en él, ¿entendido?

(AMMAR le hace un corte de mangas y sale a toda prisa. Entre todos sujetan a GALLARDO e impiden que le siga.)

GALLARDO.- ¡Hijo de la gran puta! (A ROLDÁN.) Tú tienes la culpa de que pasen estas cosas. Si no les sirvieras...

ROLDÁN.- Hacen gasto, Gallardo.

LUQUE.- La culpa es del alcalde. Quedamos en que acabando la recolección, el ayuntamiento dejaba el pueblo limpio de esta chusma.

MATEO.- Los municipales hacen lo que pueden.

RUFINO.- No hacen nada.

MATEO.- Acaban yéndose sin que nadie se lo diga. Andan unos días dando tumbos y cuando no encuentran curro, emigran. Siempre queda algún rezagado, como Ammar...

RUFINO.- ¡Me cago en Dios! Son los peores. Cuando se les acaba el dinero van de un lado a otro como perros vagabundos. Y como les fian...

ROLDÁN.- Aquí sólo tenéis cuenta los parroquianos. A ellos sólo los atiende si pagan.

LUQUE.- Ya veremos qué ocurre cuando alguno desvalije una casa.

MATEO.- ¡Calla!

GALLARDO.- ¿Es qué nadie se acuerda de lo que pasó con los gitanos?

RUFINO.- ¿Quién lo ha olvidado?

GALLARDO.- Entonces todos estuvimos de acuerdo en lo que convenía hacer.

RUFINO.- Y se hizo, joder. ¡Se hizo!

(AMMAR reaparece en el bar. No pasa de la puerta.)

GALLARDO.- ¿Otra vez aquí? El cabrón no escarmienta.

LUQUE.- ¿A qué vienes, a provocar?

AMMAR.- A decir que el año que viene trabajaré en otra parte.

GALLARDO.- Harás bien.

AMMAR.- Pero no porque tú lo mandes.

GALLARDO.- Me da lo mismo por lo que sea. Con tal de no verte la jeta...

AMMAR.- Quiero que lo sepas.

GALLARDO.- Dilo pronto, y piérdete.

AMMAR.- La próxima temporada habrá menos faena.

LUQUE.- ¿Tú qué sabes, robaperas?

AMMAR.- (Por GALLARDO.) Las fincas de ese no darán cosecha.

GALLARDO.- ¿Vas a pedir al hechicero de tu tribu que me castigue con un pedrisco? (AMMAR niega con la cabeza.) ¿O mandará una plaga? (Ante una nueva negativa.) ¿Tampoco? ¿Entonces qué, pájaro de mal agüero?

AMMAR.- Antes de irme haré un trabajo extra. Voy a cortar todos tus árboles.

(AMMAR huye antes de que la reacción de GALLARDO le alcance.)

GALLARDO.- (Estampando una botella contra la puerta.) ¡Mierda! ¡A ese le mato!

MATEO.- No vayas a perder los estribos.

GALLARDO.- Digo que le mato. ¡Por éstas!

MATEO.- Lo que tienes que hacer es denunciarle.

RUFINO.- Las denuncias acaban en el cesto de los papeles.

GALLARDO.- Ante las amenazas, se impone la acción directa.

MATEO.- ¿Qué tramas?

GALLARDO.- Sacar la escopeta.

MATEO.- Ojo con los disparates.

RUFINO.- Cuenta conmigo para la refriega.

LUQUE.- Ya somos tres.

GALLARDO.- ¿Mateo?

MATEO.- No me seduce el juego.

GALLARDO.- Tu dirás lo que haces. Nos vemos luego.

MATEO.- ¿Qué hay de la partida?

GALLARDO.- No estoy de humor.

(**GALLARDO sale. ROLDÁN sirve lo que le habían pedido.**)

MATEO.- Gallardo está caliente.

RUFINO.- Tiene ese pronto. Ya se enfriará.

MATEO.- Con un arma en la mano, no hay quien le controle.

LUQUE.- No llegará la sangre al río. Habrá, eso sí, mucho ruido de petardos. Puede resultar divertido.

MATEO.- Se sabe como empiezan estas historias...

LUQUE.- Te la coges con papel de fumar, Mateo.

MATEO.- No es miedo lo que tengo, sino prudencia.

Escena XVII
La caza según Carlos Saura

Amanecer a las afueras del pueblo. GALLARDO se detiene cerca de un cobertizo. Lleva una escopeta con los cañones abatidos. Tras él asoma MATEO, también armado.

GALLARDO.- Más ligero, coño.

MATEO.- Yo no sigo, Gallardo.

GALLARDO.- ¿Vas a dejarme solo?

MATEO.- Debí quedarme en casa. Todavía no sé cómo me habéis enredado.

GALLARDO.- (Le ofrece la cantimplora.) Echa un trago. (Bebiendo después de que MATEO la rechace.) Entona el cuerpo.

MATEO.- Estás borracho.

GALLARDO.- Tengo ganas de jaleo.

MATEO.- Ya lo armaste anoche en el bar del andaluz.

GALLARDO.- Dos tiros al techo y toda la mierda africana se batió en retirada. La gente debería agradecerme el servicio prestado al pueblo. Fue sólo el principio.

MATEO.- Hablamos de asustarlos.

GALLARDO.- Y de echarlos lejos. Algunos andarán por ahí ocultos. Hay que sacarlos de sus escondites y correrlos a tiros.

MATEO.- Con cartuchos de fogueo o, como mucho, de sal. Tú los traes de caza.

GALLARDO.- Tengo cuentas pendientes con uno.

MATEO.- Olvídate de Ammar.

GALLARDO.- No pararé hasta encontrarle. Le haré pagar lo que ha hecho. Cumplió la amenaza.

MATEO.- A medias. El destrozo pudo ser mayor.

GALLARDO.- Una noche talando árboles. Hizo leña suficiente para quemarle a él y a la madre que le parió.

MATEO.- Ha tenido tiempo de poner tierra por medio.

GALLARDO.- Barrunto que no anda lejos. Ese no para hasta rematar la fechoría.

MATEO.- Si le encuentras, te pierdes y me pierdes.

GALLARDO.- Tú sólo serás testigo de lo que pase.

MATEO.- Si no hago por evitarlo, también me empapelan.

GALLARDO.- El castigo, cuatro días de cárcel. Cualquiera, en tu caso, se sentiría orgulloso.

MATEO.- Vete al cuerno.

GALLARDO.- Silencio. **(Ha oído algo. Escucha y enseguida señala hacia el cobertizo.)** Me parece que vamos a levantar una pieza. **(Monta el arma.)** Por ese lado, Mateo. Ciérrale la salida.

MATEO.- (Al tiempo que sigue las indicaciones.) Mira bien lo que haces.

(Sin apartar la vista del cobertizo, GALLARDO alivia de líquido la cantimplora.)

GALLARDO.- ¡Sal de ahí! ¿Tengo que sacarte a rastras?

(El que sale del cobertizo es LARBI.)

MATEO.- (Respirando con alivio.) Es un moro.

GALLARDO.- Negros y moros, primos hermanos. ¿Por qué te escondes?

LARBI.- Por lo de anoche.

MATEO.- ¿Estabas en el bar del andaluz?

LARBI.- Me contaron lo que pasó.

GALLARDO.- Y te viniste aquí perdiendo el culo. Ya puesto a correr, no debiste pararte tan pronto. ¿No te parece?

LARBI.- Trabajo en el pueblo.

GALLARDO.- Nos tomas el pelo.

LARBI.- Tengo empleo para este invierno.

MATEO.- ¿Dónde?

LARBI.- En el matadero industrial. Van a conseguirme un permiso de residencia para seis meses. Recorro las granjas recogiendo pollos.

GALLARDO.- ¿Recogiéndolos o robándolos?

LARBI.- Mis manos no roban.

GALLARDO.- Habría que verlo. Echa un vistazo al cobertizo, Mateo.

MATEO.- **(Asomándose al interior.)** No es la cueva de Alí-Babá. Déjale ir.

GALLARDO.- ¿Conoces a un negro que llaman Ammar?

LARBI.- Le he visto alguna vez.

GALLARDO.- ¿Dónde está ahora?

MATEO.- No tiene por qué saberlo.

GALLARDO.- ¿Verdad que vas a decírmelo?

LARBI.- Hace días que no le veo.

GALLARDO.- Vas a llevarme hasta su escondrijo.

LARBI.- Aparte la escopeta. Es peligrosa.

GALLARDO.- Así está bien. Si apunto al cielo y se dispara, puedo matar algún pájaro. ¿No te daría pena?

MATEO.- Basta, Gallardo. Se le ha puesto carne de gallina.

GALLARDO.- Tiene cara de conocer el paradero del negro.

MATEO.- Tiene cara de estar acojonado.

LARBI.- A veces se reúne con sus amigos cerca de la pista de baile.

GALLARDO.- Vamos allá.

LARBI.- Es pronto. Suelen ir a mediodía.

GALLARDO.- Llegaremos nosotros antes.

MATEO.- De aquí no me muevo.

GALLARDO.- ¿Se te ha bajado la sangre a los talones?

MATEO.- Para lo que vas a hacer no me necesitas.

GALLARDO.- Al final, siempre te arrugas. **(A LARBI.)**
A la pista de baile. Tú delante. Y si me has mentido, reza lo que sepas. Te vas a enterar de quién es Gallardo.

(LARBI da algunos pasos delante de GALLARDO e inesperadamente escapa a la carrera.)

GALLARDO.- **(Echándose la escopeta a la cara.)**
¡Maldita sea su estampa!

MATEO.- ¡No dispaes!

GALLARDO.- Aplico la ley de fugas.

MATEO.- Tirar a quemarropa no tiene mérito. ¡Cuenta hasta diez!

GALLARDO.- Ya están contadas.

(Dispara, estorbado por MATEO, dos tiros seguidos.)

GALLARDO.- **(Cargando de nuevo el arma.)** Si se escapa, la culpa es tuya.

MATEO.- De tu mala puntería.

GALLARDO.- A esta distancia, nunca fallo.

MATEO.- Di que no tiraste a dar.

GALLARDO.- **(Errando el tercer disparo.)** Está gafada, la puta. No te quedes parado. ¡Tira también tu, maricón!

MATEO.- Llevo cartuchos de sal.

GALLARDO.- Trae acá.

(GALLARDO suelta su escopeta y toma la de MATEO.)

MATEO.- (Entre dientes.) ¡Corre, gilipollas! ¿Para que quieres las piernas?

GALLARDO.- (Acertando esta vez.) ¡Toma nota! Van a escocerle las nalgas.

MATEO.- ¡No te pares!

(Atraídos por las detonaciones, RUFINO y LUQUE se aproximan.)

GALLARDO.- ¡Llegáis a punto! ¡Cortadle la carrera! ¡Va tocado!

(En unos momentos se desata el tiroteo. Las detonaciones y su eco producen el efecto de una traca. En la pantalla -la del cine del pueblo- se proyecta, prolongando la escena, una copia defectuosa de la película “La caza”¹: un bulto sale de unos matorrales. Es un conejo. Da una voltereta y al caer queda quieto sobre unos tomillos. Más allá surge otro conejo. Alcanzado, se revuelve en el polvo. Por todas partes salen conejos. El paisaje parece un campo de batalla. Es una verdadera matanza. Los animales brincan, se retuercen en el aire, caen a plomo a medio salto, se arrastran malheridos y son rápidamente rematados. Las voces de los cazadores llegan estorbadas por los ruidos del proyector y de los disparos.)

VOCES DE LOS CAZADORES.- ¡Ahí lo tienes!

- ¿Pero qué haces?

- ¡Mierda!

- Se multiplican una barbaridad.

- Una sola hembra puede engendrar en tres años...

- ¿Cuántos has dicho?

¹ Final de la secuencia doce de “La caza”, de Carlos Saura.

- Habría que inyectarles algo que los dejara estériles.

(LARBI atraviesa corriendo la cortina de polvo y humo que se ha formado. Se tiende boca abajo en el suelo y aguanta en silencio el dolor de la herida. Cuando las armas callan y la proyección concluye, se levanta. Apenas avanza unos pasos, sus pies tropiezan con un conejo muerto. Lo alza y lo contempla.)

Escena XVIII

Conejos son (conferencia)

LARBI mantiene al animal entre sus manos ajeno a la conferencia que en esos momentos pronuncia un experto en el casino del pueblo.

CONFERENCIANTE.- A estos roedores de cabeza breve, frente abultada, ojos grandes, orejas erectas y largas, cuello corto, cuerpo robusto y recogido y patas fuertes llamados conejos, podemos confinarlos en pequeñas jaulas o en conejares abiertos. En el caso de aquellas, es conveniente que el suelo sea de tela metálica para que no queden retenidos los orines ni los excrementos. En el de los conejares, es preciso tomar otra clase de precauciones. Puesto que los animales andan sueltos, hay que poner cercas y asegurarse de que éstas se hundan en el suelo al menos medio metro para evitar su huida a través de las galerías que con tanta facilidad excavan. En cuanto a su alimentación, comen trigo, cebada, maíz, zanahorias, patatas, nabos y toda clase de fruta. Pero si os parece que esta dieta es costosa, podéis sustituirla por los desperdicios de la cocina y las sobras de vuestra mesa. Si escapan a las diarreas y a la sarna, el provecho que de ellos se obtiene es grande. Por poco dinero llenamos la despensa de buena carne que puede ser cocinada de mil y una maneras. Conejo salteado, esparrillado, guisado en frío, frito, escabechado, asado, a la campesina, a la provenzal, a las finas hierbas, a la Marengo, a la marinera, a la inglesa, en gibelote, en pastel y en cajetines son sólo algunas de las preparaciones posibles. Y aún, si los despellejamos con esmero, obtendremos de sus pieles pingües beneficios. ¡Pero cuidado! Hasta aquí he hablado de los conejos domésticos. Sin embargo, estos miembros de la familia de los lepóridos también se encuentran entre nosotros en estado salvaje. Procedentes del norte de África, se cree que en Numidia tuvieron su primer asiento, han invadido el sur y el oeste de nuestro continente y, siendo de naturaleza prolífica, han llegado a convertirse en una verdadera plaga. Habitan toda clase de terrenos, desde las llanuras hasta los montes. Pasan buena parte del día ocultos en sus madrigueras o tumbados entre las matas y a la caída de la tarde empiezan a vagar en busca de alimento. Se acercan a las casas y a menudo entran en ellas para devorar cuanto hallan. Son tímidos, pero astutos, y cuando sienten nuestra proximidad

procuran pasar desapercibidos. Todo lo arrasan a su paso y todo lo cubren con sus sucios excrementos. En algunos países, conscientes de lo peligrosa que resulta su presencia, se les persigue encarnizadamente. Hora es de que aquí sigamos su ejemplo. De lo contrario, muy pronto será imposible librarse de ellos. Cerremos los oídos a quienes se empeñen en convencernos, cualquiera sabe con qué estúpidos argumentos, de que debemos aceptar su presencia. No hagamos el más mínimo caso a los que esgriman que existen leyes que les protegen o anuncien otras nuevas. El exterminio del conejo es nuestra más urgente tarea. Todos los medios valen si se demuestran eficaces. No lo son, dadas las dimensiones de la catástrofe, las trampas, los lazos o los cepos. Como tampoco las expediciones nocturnas en tractores para deslumbrarlos con los faros. Resultan tan inútiles como pretender matar moscas a cañonazos. En el tiempo que se emplea en atrapar a uno, cualquier coneja pare lo menos cuatro. Tampoco son aconsejables los métodos de extinción masiva como los cultivos microbianos que les provocan una glosopeda mortal. Mueren, sí, a miles, pero lamentablemente su suerte es compartida por el ganado y otros animales inofensivos. Verter sulfuro de carbono en las madrigueras es práctica sobre la que prefiero no pronunciarme. No poseo, por ahora, datos fiables sobre sus efectos. Si apuesto en cambio, con el aval que me otorga la experiencia, por el hurón y la escopeta. Aquel, para sacarlos de las madrigueras. Ésta, para reventarlos. Al fin y al cabo, es la herramienta que mejor manejamos quienes sentimos la pasión por la caza. Tiene el hurón la ventaja de que se mete hasta el fondo de los vivares y obliga a los conejos a salir despavoridos, dejándolos a nuestra merced. Pero no es animal en el que se deba confiar ciegamente. No es lo peor que en ocasiones, guiado por su instinto carnicero, mate a las presas en lugar de espantarlas. Si sólo hiciera eso, podría tolerarse, pues nuestro objetivo es su muerte. Lo malo es que a veces, después de saciarse con la sangre y las vísceras de los conejos, se echan a dormir y salen cuando les viene en gana. Y es aún más grave que este *Plutorios furo* - tal es su nombre científico y así me gusta llamarlo cuando recuerdo sus fechorías -descuidando sus deberes, se escape por la otra salida del bardo y desaparezca al amparo de la maleza. Por eso aconsejo que para saber si trabaja o nos la ha jugado, se le ponga un cascabel. Es buena señal que suene y que nosotros lo oigamos. Hechas estas advertencias, hay que decir que, si el hurón cumple como está mandado, bien fácil resulta coger a los conejos. Basta con colocar redes en las bocas de la madriguera. Allí son atrapados y sólo queda matarlos desnucándolos mediante certeros golpes en el

pescuezo. Pero más me inclino por el uso de la escopeta. Unas cuantas son suficientes para cortar la huida de los asustados conejos. Se les dispara a medida que van desfilando y en un abrir y cerrar de ojos juntamos tantos a nuestros pies que faltan perchas para colgarlos. ¡Todo un espectáculo! Como lo es abatirlos desde los puestos apenas los levanta el olfato de los perros. Es digno de ver como huyen perseguidos por los canes y como los tiros certeros quiebran su veloz carrera. Pero en estos tiempos en que lo urgente es aligerar la densidad de la intrusa población conejuna hay que recurrir a métodos expeditivos y de absoluta garantía. Cuando el acoso de los perros y los bastonazos de los ojeadores sobre las matas nos descubren el alcance de la invasión, cuando el campo está tan lleno de estos animales que tenemos la impresión de que los montes se mueven, sólo vale disponer las escopetas en fila, hombro con hombro, y avanzar hacia la masa grisácea descerrajando tiros sin parar. No veo mejor forma de acabar con la pesadilla que nos quita el sueño. Si lo logramos, será posible volver a cazar a salto por puro entretenimiento, como antaño, o en las noches de luna hacerlo al acecho, cuando el gazapo confiado sale a pacer.

(La voz del CONFERENCIANTE se apaga.)

LARBI- Los conejos y los moros somos iguales.

Escena XIX

Rinzen (despertar súbito)

LARBI entra en una casilla que hay junto a una huerta. Lleva consigo al conejo muerto, sosteniéndolo en sus manos como si se tratara de un cuerpo humano. Lo deja en el suelo y busca, entre los aperos, un azadón. Cava un agujero en el suelo de tierra. Luego saca un cubo de agua de un depósito de uralita y limpia cuidadosamente el cuerpo del animal hasta hacer desaparecer todo rastro de sangre. Busca una tela y como no encuentra ninguna, se despoja de la camisa, envuelve el cadáver en ella y deposita el bulto en el fondo del hoyo.

LARBI- (Mientras lo cubre con la tierra.) Esto es lo que hacen con los difuntos el alfaquí ciego de mi pueblo y el enterrador. También rezan, pero yo no sé y no creo que a ti te importe. **(Permanece un buen rato acucillado junto al improvisado enterramiento.)** Si corrotumisma suerte, ojalá alguien ponga también tierra sobre mi cuerpo.

(Devuelve el azadón a su sitio y se lava. Es entonces cuando repara en una motosierra que hay junto al depósito. La coge y, mientras la examina, algo en su rostro delata que empieza a bullirle alguna idea. Manejándola a modo de pesada espada, corta el aire varias veces. Luego, la apoya en el suelo y al cabo de dos o tres intentos fallidos logra ponerla en funcionamiento. Vuelve a alzarla. Vibra la hoja y el movimiento trémulo se extiende, a través de las manos y los brazos estirados, al resto del cuerpo. La para, se la echa al hombro y sale al exterior con paso decidido.)

Escena XX

La tala

El runrún de la motosierra y, a intervalos, el crujido producido por los árboles al caer abatidos unos sobre otros rompen el silencio que planea sobre los campos de frutales. Dos VECINOS del pueblo detienen su marcha y escuchan.

VECINO 1º.- ¿Oyes?

VECINO 2º.- Es una motosierra.

VECINO 1º.- Mira, en la ribera.

VECINO 2º.- Esa finca es de Gallardo.

VECINO 1º.- Alguien tala los árboles que dejó en pie aquel negro.

VECINO 2º.- Parece moro.

VECINO 1º.- Está haciendo un destrozo. Hay que pararlo.

VECINO 2º.- ¿A pecho descubierto? ¿Y si no estuviera solo?

VECINO 1º.- Somos dos.

VECINO 2º.- ¿Qué coño quieres que hagamos?

VECINO 1º.- ¡Qué sé yo! Ahuyentarlo, pedir ayuda, dar la voz de alarma... ¡Algo!

VECINO 2º.- Yo iría al pueblo.

VECINO 1º.- No perdamos tiempo.

VECINO 2º.- ¡Dios, cuanta prisa! ¿Temes que toque lo tuyo?

VECINO 1º.- A todos puede llegarnos el turno.

VECINO 2º.- Se cansará antes.

VECINO 1º.- Yo no estaría tan seguro.

Escena XXI

Mascarada

Pequeña sala en una vivienda de apariencia modesta.

En el centro hay un HOMBRE con el rostro pintarrajeado de marrón atado con cuerdas a una silla.

Está sumido en un profundo sopor. Cerca, LARBI construye una máscara a partir de una cartulina blanca: recorta el papel con las manos, dándole forma ovalada, hace dos agujeros a la altura de los ojos y levanta una tira alargada en el lugar que corresponde a la nariz. Se cubre con ella y se contempla en un espejo. No le agrada su aspecto y la arroja al suelo. Se acerca al HOMBRE y comprueba que todavía le dura la modorra. Vacía los cajones de un aparador en busca de algún afeitte con el que blanquearse la cara. Sólo encuentra, después de revolverlo todo, un tarro con polvos de talco. Se tizna con ellos ante el cristal azogado cuidando que toda su piel quede bien cubierta. Cuando el HOMBRE empieza a despabilarse, el maquillaje ha concluido.

HOMBRE- (Extrañado por la presencia de LARBI.)
¡Eh, tú! ¿Qué haces en mi casa?

LARBI- Me pediste que te acompañara.

HOMBRE- No me acuerdo.

LARBI- Estabas borracho.

HOMBRE- ¿Sí, eh?

LARBI- Te ayudé a subir las escaleras.

HOMBRE- ¿Nos conocemos?

LARBI- Desde anoche.

HOMBRE- ¿Desde anoche, dices? (LARBI asiente.)
¿Seguro que no fue antes?

LARBI- Sólo llevo tres días en Barcelona.

HOMBRE- ¿Cómo diste conmigo? ¿Quién te dijo dónde podías encontrarme?

LARBI- Yo no te buscaba. Yo no te buscaba ni a ti, ni a nadie. Entré en el bar a preguntar por alguna pensión de temporeros.

HOMBRE- Fue en el bar... Así que nos conocimos en el bar.

LARBI- Estabas apoyado en la barra.

HOMBRE- Siempre estoy apoyado en la barra... ¿Qué se te había perdido en el bar?

LARBI- Ya te lo he dicho. Lo de la pensión...

HOMBRE- Ya sé, ya sé. No hace falta que lo repitas.

LARBI- Me miraste y me preguntaste: “¿Eres un moro de verdad o es que ya estamos en carnaval?”

HOMBRE- ¿Dije eso?

LARBI- Sí.

HOMBRE- ¿Y tú?

LARBI- Pregunté qué quiere decir carnaval.

HOMBRE- ¿Te lo expliqué bien?

LARBI- Dijiste que son días en que la gente se disfraza y el mundo anda al revés. **(Se acerca para que le vea la cara.)** ¿Qué te parece?

HOMBRE- Con esos hocicos pasas por cristiano.

LARBI- Yo por cristiano y tu por moro mauritano.

HOMBRE- ¿Cómo son esos?

LARBI- **(Poniéndole delante el espejo.)** Así.

HOMBRE- ¿Qué me has hecho?

LARBI- Untarte con betún.

HOMBRE- ¡La madre que te parió! **(Al intentar levantarse advierte que está amarrado a la silla.)** ¿Y esto?

LARBI- **(Sin apartar el espejo.)** Para que no te caigas.

HOMBRE- Sé aguantarme solo.

LARBI- Andabas a gatas.

HOMBRE- ¡Ya estoy sobrio!

LARBI- Habría que verlo.

HOMBRE- Aparta el cristal.

LARBI- ¿Te has visto lo suficiente? ¿Sabes bien cómo eres?

HOMBRE- (Mientras LARBI devuelve el espejo a su sitio.) ¿Qué vacile te traes?

(LARBI REGRESA a su lado y le mira fijamente.)

LARBI- (Escupiéndole en la cara.) Éste.

HOMBRE- ¡Hijo de puta!

LARBI- Si vuelves a faltarme, me vas a chupar los huevos, negro vomitado.

HOMBRE- Estás chiflado. Mal encuentro tuve.

LARBI- Peores los tengo yo. A mí también me escupen y me pisan el cuello.

HOMBRE- ¿Qué tengo que ver con eso? ¿Qué te he hecho? ¿Estás jodido porque te llamé moro? Fue una broma.

LARBI- Claro que sí.

HOMBRE- ¿Te enfadaste?

LARBI- No.

HOMBRE- ¿Solté algún otro disparate? Cuando se bebe de más...

LARBI- Estuviste divertido. De verdad.

HOMBRE- ¿Entonces...?

LARBI- No te entra en la cabeza que alguien te escupa o te parta la cara porque sí... No puedes entenderlo. ¡No puedes! Y sin embargo, pasa. ¡A mí me pasa! (**Tapándole la boca.**) ¡Calla! ¿Te has sentido moro alguna vez? Ve haciéndote a la idea de que lo eres. Moro sucio, vago, ladrón... ¡Basura! (**Le escupe de nuevo.**) ¿No irás a ponerte tonto, eh?

HOMBRE- Atrévete con los que te dan por el culo.

LARBI- Cuando puedo lo hago. Pero esto es distinto. No actúo por venganza. Necesito saber lo que se siente cuando se maltrata a alguien sin motivos o porque no te gusta su cara. Se me ocurrió anoche, de repente, mientras subíamos las escaleras y me dijiste que si no quería ir a una de esas pensiones, podía quedarme en tu casa. Fue entonces. ¡Mala suerte!

(El HOMBRE trata de librarse de las ataduras.)

¡No lo intentes, estúpido!

(LARBI le escupe una y otra vez. En una de sus violentas sacudidas, el HOMBRE cae al suelo.)

HOMBRE- ¡Cobarde!

(LARBI le propina un puntapié en el costado y el HOMBRE lanza un gemido de dolor.)

LARBI- Te quejas de vicio. Todavía no te he zumbado demasiado fuerte, ni donde más duele... ¿Te han machacado alguna vez los cojones mientras te dicen jódete? **(Le golpea con saña.)** ¡Jódete! ¡Jódete! ¡Jódete! ¡Jódete!

(El HOMBRE, indefenso, grita. LARBI interrumpe la brutal paliza.)

LARBI- Me asquea el color de tu piel. Y tu olor. Apesta. Estás hecho un guiñapo. Borracho tenías mejor aspecto.

HOMBRE- ¡Dios me valga! No me había pasado nada igual en los años de mi vida.

LARBI- No ha sido para tanto. Lo peor está por llegar. Lo peor siempre está por llegar. Aún no te ha crujido ningún hueso.

HOMBRE- Acabemos con esta pesadilla. Tiene que haber alguna forma de arreglarlo. Puedo ofrecerte...

LARBI- ¿Qué?

HOMBRE- Un dinero. No mucho, la verdad. En algún bolsillo tengo la tarjeta del banco. El número secreto está apuntado en una libreta. Hay un cajero a dos pasos. Saca lo que haya. Es tuyo.

LARBI- ¡No necesito tu dinero! **(Muestra un fajo de billetes que lleva en el bolsillo.)** He trabajado duro para ganarlo. No he montado este cirio para robarte. ¿Por quién me tomas?

(LARBI descarga sus puños sobre el maltrecho cuerpo del HOMBRE.)

HOMBRE- ¡Para! ¡Basta ya! ¡Olvídalo! ¡No he dicho nada!

LARBI- ¡Cierra el pico!

HOMBRE- ¡Vas a matarme!

LARBI- Acabarás por desearlo. Pero no te haré ese favor, moro asqueroso. **(El HOMBRE solloza. LARBI se vuelve de espaldas.)** Mearse relaja bastante. No te aguantes. Vete por las patas abajo. Te sentirás mejor. **(LARBI se enfrenta al espejo. Recorre con la punta de los dedos las mejillas empolvadas.)** Debe ser muy doloroso arrancarse la piel a tiras. **(LARBI acaba de limpiarse la cara con el pañuelo. Regresa junto al HOMBRE, que permanece callado.)** Buena meada. ¿Ves como tenía razón? **(Inclinándose sobre él.)** ¿Qué te han hecho, compañero? ¿Por qué no has pedido ayuda? Han visto que no eres de por aquí y te han acorralado, ¿eh? Voy a darte un consejo para que no vuelva a sucederte. Procura pasar desapercibido. Lo lograrás cuando pases junto a una mujer sin que sujete el bolso como si temiera que fueras a quitárselo. **(Le limpia el rostro con su mismo pañuelo.)** Ahora pareces otro.

(LARBI le libera de las ataduras. El HOMBRE permanece algún tiempo encogido. Al cabo, lentamente, con enorme dificultad, consigue enderezarse. A tan escasa distancia que sus alientos se confunden, ambos

se miran fijamente. LARBI se da cuenta de que el HOMBRE tiene la boca llena de saliva. Entorna los ojos y al poco recibe un escupitajo en pleno rostro. Espera unos segundos, pero no hay más.)

LARBI- ¿Ya?

HOMBRE- (Tras unos instantes de duda.) Sí.

LARBI- Otro hubiera roto la silla en mi cabeza. Puedes hacerlo. Estás a tiempo. No tendría derecho a quejarme. **(Aguarda inútilmente.)** ¿O es que tienes miedo? Prefieres esperar a que esté en la calle para correr detrás de mí pidiendo ayuda a la gente.

HOMBRE- (Descalzándose y arrojando los zapatos lejos.) No voy a perseguirte, ni a denunciarte. Ni siquiera sé cómo te llamas.

LARBI- ¿Entonces?

HOMBRE- Nada.

LARBI- ¡Dame de hostias! No te conformes con escupirme. ¡Adelante! No voy a defenderme. **(El HOMBRE le mira en silencio.)** No me arrepiento de lo que he hecho. **(Desconcertado.)** Oye, no voy a insistir. Has tenido tu oportunidad. A otro no se la hubiera dado. Voy a marcharme. Tengo que marcharme, ¿entiendes?

HOMBRE- Enseguida, por favor.

LARBI- Claro que sí. En cuanto me digas que estamos en paz. **(No obtiene respuesta.)** ¿En paz? **(El HOMBRE asiente con la cabeza.)** Eres una buena persona. Por eso te ha tocado a ti.

(LARBI sale. Cuando la puerta de la calle se cierra, el HOMBRE se inclina sobre la silla caída y rompe a llorar.)

Epílogo

*Garmandiara (un lugar para todo el mundo) no
viene en los mapas*

LARBI mira al público. Tarda en romper a hablar.

LARBI- Salí de la casa de aquel hombre. Vivía en un barrio de calles estrechas y perpendiculares. No me costó mucho encontrar una de aquellas pensiones de temporeros. Compartía habitación con otros seis. Todos africanos, como yo. Cuando se iban, me convertía en amo del cuchitril e intentaba hacerme a la idea de que aquella era mi casa. Imposible. Sobraban cinco camas y faltaba un armario, una mesa y algunas sillas. Por lo menos. Es lo que distingue la casa propia de una pensión cutre. Siempre acababa dando la espalda a tanta mugre y contemplando el puerto desde la ventana. Estaba cerca, muy cerca, al otro lado del paseo Nacional. Un día atracó un barco marroquí. Fue entonces cuando tuve la tentación de regresar a mi país. Aquí he pasado por todo. He sido víctima y verdugo. Más víctima que verdugo. Me han dado estopa y, a mi manera, la he devuelto. No he sido feliz en ninguno de los dos papeles. Y si uno no se siente feliz, ¿qué ha de hacer? Mientras daba vueltas a eso, discurría la manera de meterme de extranjería en el barco. Iría al muelle y observaría las idas y venidas de la gente. Aprovecharía cualquier descuido para subir a bordo. No sería complicado. Haría la travesía sin problemas. ¿Quién sospecharía que lleva un polizón en un viaje de vuelta? No es fácil escapar de la miseria, pero está al alcance de cualquiera volver a ella. Que yo sepa, nadie toma precauciones para impedirlo. **(Hace una larga pausa, como si recordara.)** Cuando desembarqué regresé al lugar en que dije adiós a mi madre. No la encontré donde solía, a la orilla del mar. En cambio, Mimun Unacer continuaba sentado a las puertas del cafetín, bebiendo té a pequeños sorbos, como siempre. Le pregunté por ella. “Por lo que sé -respondió- Jadicha regresó a vuestro pueblo tan pronto despachó hacia España al más pequeño de tus hermanos”. Le pregunté si hacía mucho de eso. “Un año por lo menos”, respondió de nuevo. Ese mismo día supe que Sabra, el hermano que me seguía en edad, embarcó dos años antes en un viejo pesquero. En la bodega se hacinaban más de doscientas personas. Al menos, veinte murieron aplastadas o asfixiadas. Él fue una de ellas. Amén, el siguiente, emprendió el viaje meses después, de

madrugada, en una patera de menos de seis metros de eslora. A las pocas horas la avistaron desde un petrolero cuando lo único que sobresalía del agua era la proa. Rescataron a cuatro personas con vida y en el rastreo recuperaron algunos cadáveres. Ninguno era el de Amín. Lo que sí apareció, flotando, fue su mochila. Muley, el pequeño, tampoco pisó tierra española. El fuerte temporal de levante hizo la travesía peligrosa. La barca iba a la deriva y el agua que se metía dentro amenazaba con hundirla. Muley se asustó y empezó a gritar como un loco y a echar espuma por la boca. Los demás temieron que les contagiara el miedo y le arrojaron al mar. Regresé al cafetín. Le dije a Mimun Unacer: “Mis hermanos han muerto. No hables de la mala suerte. Tú los mataste”. Leyó el odio en mi mirada. Intentó engañarme: “Lo que te han contado es mentira. Tus hermanos viven en España honradamente. Puedo demostrarlo”. No sé quién puso la pistola en mis manos. Vacié el cargador sobre él. No era yo el que disparaba. Eran Ahmed, Sabra, Amín, Muley... Todos los que pagaron por ser sus víctimas, los que todavía esperaban turno para viajar... La mesa y el suelo se llenaron de sangre. Nadie intentó detenerme. Cuatro horas en autocar y tres a pie bajo un sol de justicia empleé en llegar a casa de mi madre. La puerta estaba entornada. Nunca la conocí cerrada. No tuve, pues, que llamar. Madre estaba sentada en una silla, delante de la ventana. Levantó la vista del suelo y me miró sin emoción. “¿Eres tú?”, preguntó. “¿A qué vienes? ¿A reprocharme qué? Hice cuanto pude por criarlos y, luego, por enviarlos a un mundo mejor. No es culpa mía que el destino no nos ayudara. He sufrido por vosotros”. “Mi padre y tú -respondí- no conocíais el futuro, pero pudisteis adivinarlo sabiendo cuál había sido el de los abuelos y cuál empezaba a ser el vuestro. A él nada puedo decirle. Está muerto. A ti, que cuanto mejor que no nos hubieras parido. Pero ya que nos echaste al mundo, bien pudiste matarnos antes de que supiéramos lo que es la desesperación. Nunca creíste que Alá cumpliera su promesa de alimentarnos. En esta tierra, matar a un hijo condenado a la pobreza no es un crimen. Ese niño, cuando muere, viaja al Paraíso o al vacío. Si se le deja crecer es, mientras tenga la desgracia de vivir, hombre de la nada, como yo”. Guardó silencio. Aceptaba su culpa y parecía resignada a pagar por ello. Pudo haber dicho que a esas alturas cualquier castigo era inútil, que nada remediaba, puesto que una vieja con el vientre hueco y los pechos secos ya nunca más quedaría preñada. Pero no lo hizo. Cuando sintió mis dedos en el cuello tampoco tuvo palabras para recordarme que ni las bestias matan a sus padres. Quedó tendida en el suelo, salí y cerré, por primera y última vez en mi vida, la puerta. **(Hace una pausa y respira**

hondo.) Todo cuanto he dicho es falso. Ignoro como dejó el mundo Ahmed. Se fue, y basta. Tampoco sé qué ha sido de mis otros hermanos, ni si Mimun Unacer continúa en el mismo negocio, ni dónde está mi madre. Y es que, finalmente, no regresé a Marruecos. Varias veces estuve a punto de embarcar y otras tantas me eché atrás. Tanto era el miedo a terminar haciendo lo que mi cabeza iba tramando. Mientras peleaba con mis dudas, el barco zarpó. Mejor para ellos, supongo. Pero desde entonces no he dejado de contar esta historia sin molestarme en desmentirla. Supongo que lo hago, aunque tampoco estoy seguro, para convencerme a mí mismo de que nada me une a aquel mundo, de que para mí no existe. Hans, cuando la escuchó, no se creyó una sola palabra. “Mentira podrida, lo tuyo es un érase que se era”, dijo. “Pero me alegro porque tu madre no tiene ninguna culpa. La culpa, amigo, es de Europa, que ha olvidado las palabras de aquel griego que dejó escrito hace, nada más, ni nada menos, que mil quinientos años que todos somos iguales, puesto que respiramos por la nariz y la boca”. A Hans le conocí en el muelle de la Fusta. Nos sentábamos en el mismo banco. Es un holandés que pasa de los setenta y que habla todas las lenguas del mundo. Me gustaba escucharle. “¿Sabes, Larbi, que los hombres siempre se han movido de un sitio para otro, más a la fuerza que por gusto? Unos, buscando mejor acomodo. Otros, huyendo de algo”. Por él supe que son más los que mueren lejos de su primera casa que bajo su techo. “Somos animales viajeros, nómadas. Se diga lo que se diga, uno no es de donde nace, sino de donde está en cada momento”. “Eso no vale para todos”, le repliqué. “Algunos acabamos por no ser de ninguna parte. Vamos de ilegales por la vida. Pedimos papeles y nos dan hostias”. “Porque os consideran intrusos, os ven como un estorbo”. Y señalando a los que pasaban, añadió: “¿Ves a esos? ¿Sabes cuántos han nacido aquí? De cada tres, uno. Los demás son charnegos, gente de fuera, casi extranjeros. ¿Qué puede reprochar un viejo charnego al recién llegado? ¡Nada, maldita sea! ¡¡Nada!! El mundo rodaría mejor si todos fuéramos apátridas”. Un día me dijo: “Siempre te veo mirando al mar. ¿Por qué le das la espalda a la ciudad si eres parte de ella, si también te pertenece?”.

(LARBI avanza hasta el borde de la ciudad en miniatura. Pequeñas formas geométricas de arcilla, de cristal, de zinc atacado por el paso y el rigor del tiempo, de mármol, de plomo... Reproducciones abstractas de edificios que el continuo de la historia ha ordenado a su antojo. Como un nuevo Gulliver, pasea la mirada por

calles y plazas, como si quisiera aprendérselas de memoria. Se inclina y acaricia las aristas romas de la arquitectura más antigua y las vivas de las construcciones recientes. Recorre azoteas y tejados, y las chimeneas y los rascacielos que rompen la horizontalidad del espacio urbano.)

LARBI.- Durante algún tiempo creí que Hans tenía razón en que las ciudades son de quienes viven en ellas, de quienes las construyen con sus manos. Ahora ya no estoy tan seguro. Ni tampoco de haber entendido bien las palabras con que se despidió de mí. Dijo: “De las geografías que conozco me interesa más la humana que la física”.

(LARBI saca de un cajón algunos materiales y herramientas. Sierra y lima maderas. Amasa arcilla en un cuenco y la modela. Coloca las piezas que salen de sus manos en el tablero de la ciudad, que se va haciendo, aunque apenas se perciba, más grande. Al tiempo, sobre la pantalla van apareciendo fotos en blanco y negro arrancadas de carnés y pasaportes de decenas de extranjeros. Forman un inmenso panel.)

VOZ.- Marianela Ramos, nacida en Ancón, a cuarenta y cinco kilómetros de Lima, Perú. A sus treinta y dos años abandonó al putero de su marido, dejó a sus tres hijos al cuidado de los abuelos y se vino, como pudo, a España. Sirvió en varias casas. Conoció a un falso abogado que se ofreció para arreglarle los papeles. Le entregó el pasaporte, la solicitud de asilo y cien mil pesetas. Nunca más le vio. Ahora es como una sombra que deambula por las calles/ Habid, marroquí, natural de la región del Atlas, tuvo trato con uno de esos que llaman pistolos, que prometen diez y pagan cinco. Le metió en un tajo y a la hora de pagarle le dio lo que quiso. Su argumento fue que con el hambre y el poco fuelle que tenía, Habid rendía poco. Le recomendó que si no estaba conforme, le denunciara. No lo hizo. Sin documentos en regla, sólo cabía rajarse al estafador o callar. Esto último fue lo que hizo/ Abselan, tunecino, de veintisiete años, vive cerca de Boadilla del Monte, a poca distancia de Madrid. Como otros inmigrantes, ilegales como él, acudía cada mañana a una rotonda a la entrada del pueblo. Allí esperaba confiando en que desde algún coche le gritaran: “¡Moro, sube!”. Cuando eso sucedía, ese día ganaba hasta cuatro mil pesetas

abriendo zanjas o retirando escombros. Desde que la alcaldesa dictó un bando recomendando a los vecinos que no contrataran a emigrantes ilegales, nadie le ha vuelto a ofrecer trabajo. Aquella era una de sus escasas posibilidades de ejercer una actividad honrada/ Laura Varona. Tres días después de llegar de La Argentina, dos policías la visitaron en su hotel fingiendo traer una orden de registro. La dijeron que si no mantenía relaciones sexuales con ellos, pondrían droga en su equipaje/ Dizdarevic formaba parte de un grupo de exiliados bosnios. Fueron recibidos con estas palabras: “Bienvenidos, aquí está vuestro nuevo hogar. Desde hoy somos vecinos y hermanos”. Pasados algunos meses, Dizdarevic dijo a sus compañeros de barracón: “Yo no deseo quedarme. Aguardo impaciente la hora del regreso. ¿No veis que no es hogar, sino exilio, el país que nos acoge?” Los demás guardaron silencio/ El destino de Aliu era Lion, Francia, donde tenía parientes. En la estación de Irún se puso en contacto con el pasador que debía llevarle clandestinamente al otro lado de la frontera. Pagó ochenta mil pesetas por viajar oculto en un camión junto a otros quince africanos. Varias horas después de la partida, el vehículo se detuvo junto a un bosque. El conductor les hizo descender y les anunció que ya estaban en Francia. También les indicó que unas luces lejanas eran las de Lion. Cuando la guardia civil les dio el alto, Aliu y sus compañeros descubrieron que habían sido engañados. No habían salido de España. Aliu fue devuelto a Senegal, su lugar de origen/ Yuma Mulaba solicitó el permiso de residencia. Acreditó que tenía trabajo. “Sólo necesita -le dijeron- obtener el visado, pero ha de tramitarlo en su país”. Reunió, con no poco esfuerzo, el dinero para viajar a Zaire. Se despidió con un “hasta pronto” de los amigos que se lo prestaron. Tras una larga espera supo que su nombre no figuraba en la relación de admitidos. El funcionario que le dio en el consulado la mala noticia reconoció a regañadientes que el suyo era uno de tantos casos de expulsión encubierta/ Desde que Zhora llegó a Madrid procedente del Rif no ha pisado la calle. Ni siquiera se asoma a la ventana. Hace las labores de la casa en silencio y, tan pronto como el esposo sale en busca del jornal, llora y reza para que no se entretenga en los bares y para que su hija, cuando crezca, no se pinte los labios. Zhora está triste, apenas come y cada día está más delgada/ Ha empezado a olvidar su nombre. Ahora se llama Zhang Baosen. Al menos, es el que figura en la documentación que ha comprado a una organización mafiosa. Perteneció a un compatriota muerto. Cuando él muera, otro chino indocumentado heredará el nombre/ Mike Bou, liberiano, aprendió enseguida el español. Por eso entendió bien lo que dijo un político: “Acabemos,

señores, con esta pesadilla. Si queremos que Europa vuelva a ser famosa fortaleza, expulsemos de ella a la quinta columna tercermundista. Metamos a los miles de extranjeros indocumentados en trenes y camiones y pongámoslos lejos de nuestros confines”. Cuando a Mike Bou le detuvieron y ordenaron su expulsión, reclamó que en el traslado hasta la frontera le aplicaran el nuevo reglamento aprobado por la Comunidad Europea sobre el transporte del ganado. En él se ordenan paradas para descansar si los desplazamientos son largos y penosos y que se asegure que los animales no padezcan sed, ni hambre. Le respondieron así: “El reglamento no reza contigo. Se trata de una serie de medidas sanitarias necesarias para que las reses no sufran. Así se evita que su carne se sature de toxinas. Las toxinas producen cáncer en los consumidores”/ Desde que emigraron, Nazir y su familia regresaban a la cabila cada verano. Atravesaban media Europa para visitar en la Yebala natal a los parientes y amigos y para mostrarles cuanto habían cambiado sus vidas. Nazir era recibido como un triunfador. Lo que nadie sabía es que empleaba todos los ahorros del año en hacer el viaje y que, aún así, solo era posible emprenderlo con un coche comprado de quinta mano y recorriendo dos mil trescientos kilómetros de un tirón para no gastar en pensiones, ni en comida. Este año, cuando circulaban entre las ciudades de Manzanares y Valdepeñas, Nazir se durmió sobre el volante y la furgoneta familiar, como ellos la llamaban, se salió de la carretera. Para sacar los cadáveres de entre los hierros retorcidos hubo que apartar maletas, colchones, un televisor antiguo y un frigorífico inservible/ Porlonia Lova vivía con su familia en una casa abandonada. Bastaron unos cuantos periódicos y una lata de gasolina para que unos jóvenes neonazis la prendieran fuego mientras dormían. En su declaración a la policía dijeron que no pretendían matar a nadie, sino saber como gritan los cerdos rumanos/ Lucrecia Pérez pagó cuarenta mil pesos, unas cuatrocientas cincuenta mil pesetas al cambio, para viajar desde Vicente Noble, en la República Dominicana, hasta Madrid. A los pocos meses, regresaba en ataúd de zinc. Cuando el avión despegaba, alguien escribió en una pared: “¡Lucrecia, jódete!”. Unos días antes, cuatro fascistas borrachos irrumpieron a media noche en las ruinas de la vieja discoteca en que vivía con otros compatriotas y dispararon tres balazos a bocajarro. Tres plomos para que se los repartieran como pudieran. Uno mató a Lucrecia/ Amadu era mauritano y tenía cuarenta años. Cojeaba. Estaba muy delgado. No pedía dinero. No pedía nada. Murió solo, con el estómago vacío, enfermo, descalzo. Pereció, de puro abandono, bajo un puente. El juez ordenó el levantamiento

del cadáver y su traslado al Instituto Anatómico Forense. Luego, el servicio municipal de limpieza se llevó sus pertenencias: un colchón sucio, una maleta encontrada en algún contenedor, ropa usada, una silla de mimbre y un cuaderno azul con la primera hoja escrita a lápiz. Era el principio de un diario. Ponía: “Tú me dices cien veces que no puedes curar mi enfermedad, que no es como las otras enfermedades, que cada vez se agrava más”.

(La voz se apaga lentamente. LARBI interrumpe el trabajo. Bebe vino directamente de un envase de cartón.)

LARBI- Los viernes por la noche me reunía con Belkaser, Alid y otros en un bar. Bebíamos cerveza hasta que no sabíamos muy bien lo que decíamos. Hablábamos de nuestras cosas. También de putas. Sobre todo de putas. Siempre estábamos a vueltas con el tema. Fue Belkaser el primero que habló de ella. “No es vieja, pero está hecha una criba de tanto joder”. Uno opinó que tendría el coño tan grande como un bebedero de patos. “Cierto -reconoció mi amigo-, pero la ventaja es que lo hace por casi nada y a veces, si la coges de buenas, gratis. “¿Por qué gratis?” “Porque está loca”. Alid, que también la conocía, añadió: “Loca por que los moros la restreguemos el felpudo”. Más adelante supe que llevaba más de un año en Barcelona y que antes había estado en Andalucía, cerca de donde se vacían las pateras. Gustaba de los moros jóvenes. Los recibía abierta de piernas. Cuando el mar revuelto cerraba el paso del Estrecho o la guardia civil pescaba a los que iban llegando, andaba irritada como gata en celo. Contaban que, después de una redada, se fue al cuartelillo y llamó cabrón al comandante. “¿Cómo se llama la puta?”, pregunté. Yo ya sabía que era Juana. No podía ser otra que Juana la Loca. Fui a verla. No se acordaba de mí. Fui uno de tantos a los que dio la bienvenida a su manera. En la habitación había un niño medio moro. Estaba tan chiflada que no la importaba follar delante de él. Pero a mí, sí. Por la edad que aparentaba, podía ser hijo mío. ¿Quién se atrevería a asegurar que no la dejé preñada? Yo le miraba buscando en su cara algún rasgo mío y ella, mientras, se impacientaba. “¿A qué has venido? Si no piensas hacer nada, puedes largarte”. Claro que quería, pero sin que el chico nos viera. “Si te estorba, tíralo por la ventana”, soltó. Esta vez no miento. Juro que no miento. Hice lo que me dijo. Fue como si se liberara. Jodimos. Jodimos sin parar, como aquella vez.

Hasta la mañana siguiente nadie vio el cuerpo del crío. Cuando empezó el jaleo, Juana me hizo salir de su casa. Desde la acera de enfrente, vi como se la llevaba la policía. El juez la preguntó: “¿Por qué lo hizo?” Y ella, juntando una verdad y una mentira: “El padre es moro y los moros no me gustan”. Los fines de semana me acerco a la cárcel. No puedo visitarla. Y aunque pudiera, ¿de qué íbamos a hablar? Pero compro algo de comida y un cartón de Winston en la boca del metro y se lo hago llegar a través del pariente de otra presa. No creo que sepa quién se lo envía.

(LARBI bebe otro trago y vuelve al trabajo.)

